Erich Hackl

LA CUERDA INVISIBLE

PERIFÉRICA

LA CUERDA INVISIBLE

ERICH HACKL

TRADUCCIÓN DE JORGE SECA

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2022
TÍTULO ORIGINAL: *Am Seil*
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez
MAQUETACIÓN: Grafime

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Cultura y Deporte.

© Erich Hackl, 2020
© de la traducción, Jorge Seca, 2022
© de esta edición, Editorial Periférica, 2022. Cáceres
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18838-21-7

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente,
por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso
personal y no con fines comerciales

Reinhold es el héroe de mi historia.
La cuento sólo por él.

LUCIA HEILMAN

Él era amigo íntimo de su padre en una época en la que los hombres aún tenían amigos íntimos, y las mujeres, amigas íntimas, así que ya hace media eternidad de eso. Por aquel entonces, a mediados de los años veinte, debieron de conocerse Rudolf Kraus y Reinhold Duschka, tal vez casualmente después de una conferencia en el palacio Eschenbach, en una acampada en la Lobau o ya en la primera escalada de Duschka con el club alpinista al monte Peilstein, al sur de los Bosques de Viena, me imagino, y en el refugio o en el compartimento del vagón entre los vaivenes del viaje de vuelta, completamente destrozado, rendido de cansancio pero feliz por una experiencia nueva para la que no hallaba palabras; podría haber llegado a sentarse al lado de Kraus, que habría guiado o acompañado al grupo. Fue el sobrio desvelo de éste el que lo cautivó, pues coincidía con su manera de ser.

A Duschka, acostumbrado a la llanura de Berlín, el prurito de subir a las montañas le había resultado indiferente gran parte de su vida. Para ser exactos, jamás había desperdiciado un pensamiento en eso hasta que llegó a la Selva Negra, a más de seiscientos kilómetros de casa, después de su período de aprendiz. Había hecho parada en Friburgo y, ya fuera por puro aburrimiento dominical o porque el nombre le sonó muy prometedor, subió a la montaña local de Schauinsland (Mira la Tierra), desde donde contempló al ocaso el panorama alpino. Al sur, en el horizonte, festones azul claro bajo un cielo gris rosado. Fue así como se le reveló su vocación montañista.

Medio año después, en Viena, Rudolf Kraus lo introduciría en el grupo de amigos que periódicamente se reunía para debatir sobre cuestiones divinas y mundanas: los últimos días de la humanidad y la Revolución rusa, el expresionismo alemán y la Viena Roja, la alimentación sana y el hombre transparente del Museo Alemán de Higiene, el amor libre y el progreso tecnológico. Es muy posible que en los días de mal tiempo o en la estación fría del año se encontraran en el distrito de Brigittenau, en una vivienda angosta y humilde del número seis de la Pappenheimgasse, que Regina Steinig, de pelo negro y algo corpulenta, compartía con Josef Treister, su padre, un antiguo terrateniente de un pueblo cercano a Terebovlia, a unos ciento sesenta kilómetros al sudeste de Leópolis. Tras el estallido de la Primera Guerra Mundial, el matrimonio Treister huyó con Regina y con sus hijos varones, Arnold y Julian, a Viena, donde el cabeza de familia sólo encontró trabajos ocasionales tal vez porque ya no tenía energía para construir una vida nueva para él y los suyos, pero que hizo todo

lo posible para que sus hijos pudieran tener una formación académica.

Cuanto más viejo se iba haciendo Josef Treister, con tanta mayor frecuencia buscaba consuelo en la religión frente a las adversidades de la existencia. Anna, su esposa, ya había fallecido en 1921 de una hemorragia uterina provocada por miomas; Arnold llevaba con un socio una próspera farmacia en el centro, y de Julian apenas se sabía sino que figuraba en las listas de búsqueda y captura de la policía por sus fullerías con los naipes y que por ese motivo había huido de repente al extranjero. Regina fue la única de la familia en enterarse por terceros de que su hermano menor, tras haber dado unas cuantas vueltas, se había establecido finalmente en Lille, donde llegó a hacer dinero, alcanzó cierto prestigio y, al parecer, fundó una familia. Su novia, a la que había dejado en Viena, dio a luz a una niña poco después de la precipitada partida de Julian, y Regina se encargó de cuidar a la joven y a su bebé con la misma determinación con la que acogió en casa a su padre, falto de recursos. Arnold, su acaudalado hermano, no fue capaz de tal cosa a pesar de que, en la vivienda señorial de la Bäckerstrasse, en la que se había instalado con su esposa Cecylia, habría dispuesto de suficiente espacio. Sólo a regañadientes y muy de cuando en cuando le daba a su hermana algo de dinero, con el que ella ni siquiera podía cubrir los gastos de por sí modestos de su padre.

Regina era el centro gravitacional del grupo a causa de su naturaleza sociable y porque tenía el don de ganarse en poco tiempo la confianza de extraños, así como de crear vínculos de amistad entre ellos. Era doctora en Química, en paro, al igual que la mayor parte de la gente del grupo, y de manera oficial seguía casada con el jurista Leon Steinig, que también era de Terebovlia. Allí se prometieron los dos, cuando Regina tenía catorce años, antes de que la guerra los separara. Cabe suponer que, durante un año, Steinig hizo el servicio militar voluntario y que llegó a Viena poco antes o después del desmoronamiento de la monarquía austrohúngara. El matrimonio, que contrajeron al cabo de poco tiempo, duró escasos años.

Una silenciosa premonición de lo que los separó fue el destino trágico de su hijo, con el que la joven pareja viajó en el verano de 1923, medio año después del parto, a Galitzia, que entonces pertenecía a Polonia, para ver qué había ocurrido con las posesiones familiares. Los campos, devastados; las casas, calcinadas; las condiciones higiénicas, catastróficas. La pobreza extrema de los parientes que se habían quedado allí. Durante su estancia en Terebovlia, el pequeño Martin Elia enfermó de disentería y, a pesar de que regresaron a Viena a toda prisa, murió a los pocos días en el hospital infantil de St. Anna: una herida que no se cerró en mucho

tiempo. A los sentimientos de culpa de Regina su marido respondía con el silencio y una actividad incesante fuera de casa, primero en calidad de secretario general de la Federación Mundial de Estudiantes Judíos, posteriormente como funcionario de la Organización Internacional del Trabajo en Ginebra. Las primeras señales de una desconfianza mutua: las infidelidades de Steinig, que ella no le perdonaba porque él se negaba a reconocérselas al tiempo que se jactaba de ellas ante los demás. Incrédulo asombro el de Regina cuando llegó a sus oídos que ya la había engañado con su madre, de una belleza despampanante, y luego con su mejor amiga.

Cabe suponer que la joven dependía imperiosamente de la pensión alimenticia de su marido y que le parecía que éste debía expiar sus deslices.Sólo así se explicaría por qué no consintió en divorciarse sino mucho tiempo después. Para entonces, Steinig hacía ya mucho que vivía de forma permanente en Suiza y rara vez iba a Viena, la última por encargo de la Sociedad de Naciones para pedirle a Sigmund Freud que debatiera por correspondencia con Albert Einstein si existía alguna vía para librar a la humanidad del desastre de otra guerra. Tal como sabemos, Freud era escéptico y, tal como también sabemos, tuvo razón con su escepticismo.

Regina siguió llevando el apellido Steinig, ya fuera porque no tenía dinero para modificar sus documentos personales o porque, de lo contrario, habría perdido la nacionalidad austríaca.

El círculo de amigos poseía, por tanto, un talante medio pacifista, medio comunista, que no necesitaba de la afiliación a ningún partido. Mientras el padre de Regina se sentaba al borde de la cama y leía la Biblia en el cuarto contiguo, ellos se reunían alrededor de la mesa de la cocina con una fuente en el centro; cada uno recibía de la anfitriona un cazo de sémola de maíz, que saciaba y era barata. En algún momento, tal como ya se ha mencionado, se incorporó el flaco y atlético Reinhold Duschka, de rasgos afilados, lentes redondos sobre una nariz prominente, quien permanecía callado la mayor parte del tiempo. Ahora bien, cuando él decía algo, los demás aguzaban los oídos con sorpresa. En Berlín había aprendido el oficio de hebillero y, entre 1924 y 1928, estudió en la Escuela de Artes y Oficios de Viena asistiendo al curso de Josef Hoffmann para artesanos del metal e inscribiéndose, además, en las asignaturas complementarias de heráldica y desnudo. Luego se hizo autónomo y, con láminas de cobre, latón y plata, confeccionaba cuencos, jarrones, candelabros, brazaletes, ceniceros y figuritas de animales, objetos originales pero asequibles incluso para aquellas personas que, aun apreciando las piezas únicas, no podían permitirse artículos de lujo. Es concebible que Reinhold fuera uno de los pocos de aquel círculo de amigos que

disponía de unos ingresos suficientes, pues no en vano pudo adquirir o arrendar a noventa y nueve años una pequeña parcela en la colonia Wolfersberg, en la que junto a Mina Gottlieb, su novia de aquel entonces, y un antiguo compañero de estudios del curso de Hoffmann se construyó una cabaña con huerto conforme a sus ideas, esto es, un cubo con tejado plano y fachada lisa, sencillo, rectilíneo hasta en la decoración interior, tal como correspondía a la concepción artística de su profesor.

El 25 de julio de 1929, Regina dio a luz a una niña a la que puso el nombre de Lucia. Rudolf Kraus era el padre, estaba orgulloso e incluso tenía la intención de casarse con Regina, pero ella no quería ni oír hablar de tal posibilidad, no porque tuviera nada en contra de Rudi, diría en su momento, pues era un tipo decente, concienzudo, servicial, todo lo que se quisiera, pero no habría soportado tenerlo de marido. Dos años después, cuando ella obtuvo un puesto en el laboratorio del hospital Lainz, en la sección de extracción de sangre y análisis de los niveles de glucosa, la niña se quedaba al cuidado del abuelo durante el día. Treister estaba ya algo achacoso y le costaba trabajo caminar, pero suplía su falta de agilidad con calidez, ternura y paciencia. Los cuentos sobre el cielo y el infierno que contaba a su nieta cayeron en el olvido hace ya mucho tiempo, pero no así el sonido suave y profundo de su voz, que la fascinaba. Además, Rudi Kraus iba a visitarla una vez a la semana, jugaba o hacía trabajos manuales con ella, o se la llevaba a la vivienda, igual de estrecha, que compartía con su madre y su hermana en la Engerthstrasse. Regina no puso ninguna objeción, todo lo contrario: los dos siguieron teniendo una relación amistosa, incluso cuando en 1932 ella se enamoró perdidamente del rubio Fritz Hildebrandt, un carpintero de Franconia diez años más joven. Aparte de ella, nadie sabía qué hacer con aquel tipo simplón que, además, era un vago de poco fiar. Era un misterio lo que había visto en él. Tal vez no enseguida, pero sí pronto, se fue a vivir a la casa de ella. Imposible no recordar, incluso en la actualidad, el día en que, estando Regina ausente, obligó a la pequeña Lucia a comerse todo lo que había en el plato y, cuando la niña no pudo menos que vomitar, le ordenó que fregara el vómito.

El entramado de relaciones en torno a su madre se desenmarañaba durante algunas horas cada domingo por la mañana. Mientras Rudi Kraus y Reinhold Duschka subían a la montaña, los tres, Regina, Lucia y el insípido Fritz Hildebrandt, se ponían en marcha para dar un paseo por los Bosques de Viena.

Entretanto, también Rudi Kraus había encontrado un trabajo como ayudante de instalador en la compañía Siemens-Schuckert, se matriculó en la universidad para cursar Matemáticas al tiempo que

trabajaba y acabó la carrera en 1936 con el doctorado. Lucia guarda un vago recuerdo de haber estado presente en la ceremonia, pero nada de aquel acto festivo con togas y birretes ni de aquellos torpes discursos encendidos o rutinarios se le quedó grabado en la memoria.

Segundo recuerdo, mucho más nítido: el de la muñeca Susi que él le regaló por su cumpleaños, con el tronco de arpillera relleno de viruta y una cabeza de porcelana que se rompió en algún momento y que su madre arregló, sólo que los grandes ojos azules ya no se cerraban cuando Lucia acostaba a la muñeca.

Tercer recuerdo: el deseo de su madre de que la llamara Gina, palabra que, sin embargo, no quería salir de sus labios. ¡Mami!

El siguiente: que le permitieron cocinar huevos fritos para Rudi. Si le cascaba seis en la sartén, él se los zampaba de una tacada.

Quinto recuerdo: la simpática amiga de Rudi, Piroska Szabó, que era dentista. Lucia tenía los dientes desalineados en el maxilar inferior, y Piroska se los arregló gratis o a un precio preferencial.

Sexto: la mirada sorprendida de la maestra el primer día de clase al constatar que los apellidos de la madre y de la hija -Steinig, Treister- no coincidían. A la pregunta sobre el de su padre, Lucia respondió lo que su madre le había recalcado y constaba en su partida de nacimiento: desconocido.

Séptimo recuerdo: los días festivos en casa de la querida abuela en la Engerthstrasse, las velas encendidas en el árbol de Navidad durante la Nochebuena, un huevo espolvoreado con azúcar el Domingo de Pascua.

Un recuerdo más: el de su amiga Erna Dankner en el piso de la planta baja; hay una foto en la que están juntas, sentadas en una manta frente a una empalizada de madera, con una pelota, un globo y un perro de peluche con las orejas caídas. Erna rodea con un brazo los hombros de Lucia, y ninguna de las dos prevé las circunstancias en las que sus vidas volverán a cruzarse al cabo de seis o siete años para luego separarse por siempre jamás.

En otra estampa de la infancia, Lucia pasea por el canal del Danubio de la mano de su abuelo; es *sabbat* u otro día festivo importante, y los demás transeúntes van vestidos de punta en blanco, de modo que, por primera vez, se siente desharrapada con su mandilón gris y sus medias zurcidas.

No pueden olvidarse las reuniones en la cabaña de verano de Reinhold Duschka, en las que Lucia, única niña entre tantos adultos, se aburría o aguzaba el oído cuando se hablaba de amores y desamores, y la amiga de Reinhold cocinaba guisantes con arroz y especias exóticas.

En el año 1937 Regina y Lucia se mudaron, para disgusto de ésta, con Fritz Hildebrandt a un piso más grande del distrito noveno, en el 29 de la Berggasse, edificio trasero, cuarta planta. Tenían incluso una empleada que cocinaba para Lucia a su regreso de la escuela al mediodía y que, cuando hacía buen tiempo, la acompañaba al parque Schlick, que entonces les quedaba a un tiro de piedra. Gran sobresalto un día que, tras mucho insistir la niña, la dejó subirse al alféizar. A pesar de que la tenía bien sujeta, podría haber ocurrido cualquier cosa. Segundo y tercer sobresalto: la fundada sospecha de Regina de que el guapo de Fritz, por quien suspiraban todas las mujeres, le estaba haciendo ojitos a la criada a sus espaldas y había iniciado, además, una aventura con una mujer del vecindario. A ésta le recomendó enérgicamente que apartara las manos de él.

Por lo demás, continuaban los paseos de los domingos por los Bosques de Viena, las excursiones de Duschka y Kraus por la montaña, las reuniones en la cocina de Regina o en la casa de Reinhold en la ladera del monte Wolfersberg. Cerciorarse de que no le falte nada al abuelo, ir a buscarlo para comer, pedirle un cuento. Conversaciones sobre la fatalidad inminente, temida por los adultos y cuya magnitud aún no preveían. El desasosiego de la madre, sus movimientos nerviosos mientras el canciller Schuschnigg anunciaba en la radio que claudicaba ante la violencia y entregaba la custodia de Austria a un ser superior en el que ella no creía.

Lucia, encantada e indecisa entre el sensacionalismo y el pánico a sus ocho años, quiso dirigirse el martes siguiente a la plaza de los Héroes porque todo el mundo se apresuraba hacia allí, pero se quedó atrapada entre la multitud. «*¡Heil, heil, heil…!*» Percibiendo que ella y su reducida familia estaban excluidas de la ansiada redención, se asustó ante aquella turba vociferante en la calle y regresó acongojada a casa. También el 10 de noviembre, al enterarse de que ardía el templo de la Müllnergasse, quiso ir corriendo al lugar de los hechos, pero su madre le interrumpió el paso en la puerta.

Aunque el 14 de marzo de 1938 el Ayuntamiento de Viena ya había despedido a Regina, durante dos semanas tuvo que instruir gratuitamente a su sucesora, que lucía una cruz gamada de plata colgada del cuello. Ese mismo día dejó de ir la criada, pues no se le podía exigir que trabajara en un hogar judío. Inmediatamente después, Fritz subarrendó una habitación para que no lo denunciaran por ultraje a la raza, y a mediados de mayo expulsaron a Lucia de la escuela de la Grünentorgasse y la metieron en otra, en la Börsegasse, destinada a niños judíos. Tras las clases, en las que a duras penas aprendían algo debido a que las aulas estaban abarrotadas y a la falta de maestros cualificados, iba con sus amigas al parque Schlick. Recuerda su asombro por las prisas que se dieron en pintar en cada

banco la advertencia SÓLO PARA ARIOS, con trazos uniformes, con plantilla. Las chicas cambiaron el parque por la calle, pero, cuando jugaban a la rayuela o a la comba, tenían que estar muy pendientes por si los adolescentes les escupían o les tiraban del pelo. Finalmente, en verano, echaron a Josef Treister del piso de la Pappenheimgasse. Su hija lo acogió en su casa: no tenía a nadie más a quien acudir, pues en el entretanto Arnold, el boticario, había emigrado a París con su esposa y su hija. Antes de eso tuvo tiempo de desmantelar la casa; a modo de despedida, quiso regalarle a Lucia el lujoso cochecito de muñecas de su hija Renate, pero, para su pesar, Regina no quiso saber nada.

Y éste es el último recuerdo que Lucia tiene de su abuelo: al anochecer del 9 de septiembre de 1939, una semana después de la invasión alemana de Polonia, llaman con insistencia a la puerta de la vivienda. Unos hombres con botas preguntan por Josef Treister y lo exhortan a que los acompañe. Él mete algunas cosas en una maleta pequeña y se pone su pesado abrigo de invierno. Sale por la puerta. Ella corre hacia la ventana y, en la penumbra, lo ve caminar por el patio, bajito y encorvado, arrastrando los pies entre dos hombres fuertes y anchos de espalda, hasta que desaparece por el pasaje del edificio delantero. Lo encerraron en el estadio de Viena junto a más de mil hombres a quienes las autoridades nazis declararon judíos apátridas de origen polaco. Tres o cuatro días después, Regina y Lucia hicieron cola para entregarle mudas limpias y ropa de abrigo. Estaba prohibido hablar: a quien no se contenía unos uniformados lo golpeaban con porras. Tener que presenciar cómo aporrean a tu madre porque ha susurrado unas palabras a la mujer de delante, y saber que gritar o llorar sólo empeorará las cosas.

Cuando, a la semana siguiente, regresan para dejarle más ropa al abuelo, ya lo han deportado. Al cabo de un mes, un telegrama de Buchenwald con la noticia de su muerte sin indicación de las causas.

JOSEPH TREISTER NAC. 16-3-73 FALLECIDO HOY INCINERACIÓN EL 26-10-39 CREMATORIO DE WEIMAR 24 HORAS DE PLAZO PARA DIRIGIR A ADMINISTRACIÓN DE CEMENTERIO DE WEIMAR SOLICITUD DE TRASLADO DE CENIZAS A EXPENSAS PROPIAS COMANDANTE DEL CAMPO BUCHENWALD.

A esas alturas, Fritz Hildebrandt era ya soldado del Ejército alemán, Piroska Szabó estaba de camino a Shanghái y Rudi Kraus trabajaba en la instalación del alumbrado del recién construido hipódromo de Teherán. Tras la anexión de Austria, había solicitado a Siemens-Schuckert un empleo en el extranjero con el objetivo de que Regina y Lucia se le unieran después. No obstante, este plan fracasó

con el estallido de la guerra, y, cuando las tropas británicas y soviéticas ocuparon Persia, primero lo internaron por considerarlo enemigo extranjero y más adelante lo embarcaron rumbo a Australia con otros prisioneros.

Ya con anterioridad un compañero de estudios de Regina, el químico Erwin Tramer, había conseguido en los Estados Unidos un afidávit para ella y su hija, sólo que Regina no encontró a nadie que le adelantara el dinero para la travesía. Regina sopesó también una tercera posibilidad de fuga, la de enviar a su hija a Inglaterra en un convoy para niños, y se lo contó a Lucia, pero la niña rompió a llorar enseguida: no quería separarse de su madre por nada en el mundo.

Antes de que entrara en vigor el decreto que las obligaba a llevar la estrella amarilla, madre e hija viajaron en tren a Berlín, donde había una familia dispuesta a esconderlas en su casa. De la breve estancia en la capital del Reich, a Lucia sólo se le quedaron en el recuerdo la columna de la Victoria y el Tiergarten, y que la madre, para averiguar algunos detalles sobre la vivienda, durante una hora la dejó sola o al cuidado de una persona que se ha desvanecido de su memoria.

Demasiado arriesgado, dijo Regina después de recogerla, las paredes oyen: la cisterna, la tos de los vecinos, se oye todo. No es seguro que ya por aquel entonces se vieran obligadas a vivir en un piso colectivo de judíos, catorce personas hacinadas en dos habitaciones y media, donde Regina y Lucia compartían el cuarto más pequeño con una anciana. Un día llamó a su puerta un matrimonio joven. Le mostraron a Regina una autorización del Ayuntamiento de Viena, visitaron el piso, lo encontraron de su gusto y le dieron un plazo de dos semanas para abandonarlo. Le permitieron llevarse dos camas y sus respectivos colchones. El resto del mobiliario se lo quedaron los nuevos inquilinos sin pagar nada a cambio. El alojamiento nuevo quedaba a tan sólo una manzana de distancia del piso anterior, en la acera de los números pares. A medio camino se hallaba un solar entre los edificios donde había una especie de mercadillo. Es posible, pero no está probado, que la niña deambulara por allí con Erna Dankner, su amiga de la Pappenheimgasse, quien junto a toda su familia había sido internada en ese edificio, en otro piso colectivo de judíos, en la planta de abajo.

Y llega el otoño de 1941. A Fritz, que el año anterior había enviado una postal desde París con la euforia del vencedor de la guerra relámpago, «Te escribo estas líneas desde la Torre Eiffel», hace ya mucho tiempo que lo destinaron al frente del este. Rudi Kraus ha llegado a Australia, todos los parientes y los amigos se han dispersado por el mundo, han desaparecido o se han aclimatado. Probablemente sólo quedan allí la abuela paterna de Lucia, la de la Engerthstrasse, y

la tía Leopoldine, que entretanto se ha casado con un hombre de las SS y no quiere que la parentela judía de su hermano la comprometa. Tampoco la abuela, que, temiendo por su vida, ya no invita a Regina y a Lucia a su casa. Queda Reinhold Duschka. Él sigue reuniéndose con ellas, las lleva a su casita con el huerto, les suministra de vez en cuando frutas y verduras. Lo único que sí aparcaron durante un tiempo indefinido fue ir a patinar sobre hielo, actividad que él había enseñado en su momento a la niña.

En una foto tomada en el último o penúltimo verano antes de pasar a la clandestinidad, Lucia, con un vestido claro veraniego y una diadema que sujeta sus rizos rubios, está apoyada en la barandilla del balcón de la cabaña. Está sonriente, como si ya conociera la trascendental decisión de Reinhold, que él, de carácter reservado, contará primero a su madre. Regina sopesará con calma la propuesta. Sabe lo que está en juego para él, para ella, para Lucia; por otro lado, ya va siendo hora de aceptar su oferta. Desde hace tiempo se rumorea que andan desalojando las casas de los judíos y se llevan a sus moradores en camiones. ¿Adónde? A un lugar de donde nadie regresa.

Para continuar el curso de esta historia resulta imprescindible mencionar que hacía ya diez años que Reinhold Duschka tenía un taller en el denominado Werkstättenhof, un espléndido edificio industrial construido en 1908 para el sexagésimo aniversario del gobierno del emperador Francisco José y ubicado entre las calles Linke Wienzeile, Hornbostel y Mollard. Unas ciento cincuenta empresas industriales se distribuían en sus seis plantas y tres alas, y su gran patio interior lindaba por el este con un edificio de viviendas alargado que estaba destinado a los operarios y a sus familias. Cada taller tenía una pesada puerta de hierro en la entrada. A causa del peso y de la vibración de las máquinas, los techos estaban construidos con vigas de hormigón armado y las paredes divisorias estaban insonorizadas.

Puesto que cada día entraban y salían de allí centenares de personas -operarios, proveedores, técnicos de mantenimiento, recaderos, clientas, además de carretas, carros y camionetas-, quién iba a prestar atención a una mujer rolliza y a una niña flaca que durante tres días se dedicaron a subir a toda prisa por la amplia escalera hasta llegar a la cuarta planta, al taller de Reinhold, cuyas ventanas daban a la Hornbostelgasse, enfrente de la Escuela de Formación Profesional de la Ciudad de Viena. De esta manera llevaron al taller sus últimas pertenencias metidas en bolsas discretas: ropa, zapatos, sábanas, un costurero, jabón, dos peines, cuatro cepillos de dientes, algunas fotos y libros, un estuche con lápices de colores, un juego de parchís, una segueta pequeña, cuatro o cinco gubias, un

mango de madera y un rodillo para grabado en linóleo, así como los ositos Bam, Bem, Bim y Augustin.

Al regresar a casa el tercer día, bajando ya por la Berggasse, Regina se detiene de repente y coge a Lucia de la mano. Ha visto el camión delante de su edificio, ahora lo divisa también la niña, y no son los únicos transeúntes que observan lo que está ocurriendo. En esos momentos los residentes de los dos pisos colectivos de judíos están siendo empujados desde el portal de la casa a la parte trasera del camión, donde, uno a uno, van subiendo a la superficie de carga por una escalera colocada a tal efecto. En el recuerdo de Lucia, ese proceso dura sólo unos pocos segundos. O medio minuto, o uno entero. Las personas están de pie en la plataforma, apiñadas, y de pronto sucede algo que Lucia no sabe si vio con sus ojos, si se lo imaginó o si se lo contó su madre: Erna Dankner, de pie en la parte exterior, atrapada entre sus compañeros de infortunio y la pared derecha de la caja del vehículo, pierde el equilibrio en el mismo instante en que el camión arranca, se tambalea, cae a la calzada y al parecer -de lejos no puede apreciarse con claridad- es arrollada por una rueda trasera. Su cuerpo inerte, los gritos, el tumulto. Regina se lleva rápidamente a su hija a una calle aledaña.

No mires atrás, le dice, tomaremos el tranvía en la esquina.

Luego Lucia está a su lado en la plataforma del tranvía -los judíos tienen prohibido montarse en ellos- clavando la mirada en la calzada. Lo que en ese momento pasa por su cabeza lo habrá olvidado décadas después. Tienen que hacer un transbordo. Al cabo de media hora llegarán al Margaretengürtel. Mientras cruzan el puente sobre el río Viena, Regina presiona el bolso contra su pecho y Lucia se tapa la estrella con una bufanda. Entran en el edificio del Werkstättenhof por la entrada lateral de la Hornbostelgasse. Es, suponemos, primera hora de la tarde. La escalera está desierta. Oyen el ruido del montacargas. Regina aprieta el botón del timbre. Esa noche, antes de lo planeado, será la primera que madre e hija pasarán en el lugar de trabajo de Reinhold, su precario hogar durante los siguientes cuatro años, que todavía están por relatar.

Primero habría que describir el taller, empezando por la puerta de hierro que cerraron nada más entrar y el corto pasillo sin ventanas en cuyo extremo había abiertas dos puertas de madera barnizadas de color marrón. Por la derecha se entra en el taller propiamente dicho, una sala de sesenta o incluso de ochenta metros cuadrados con dos ventanas de travesaños de hierro y vidrio armado, que ocupan casi todo el ancho de la pared exterior; a la izquierda, una habitación adicional, de seis metros de largo por cinco de ancho, en la que Reinhold exponía hasta entonces las muestras de su colección y que, a

partir de ahora, permanecerá cerrada a la clientela y a las demás visitas. También en ella hay una ventana con travesaños de hierro que proporciona suficiente luz natural. Frente a la ventana hay una mesa rectangular; en el centro, otra grande, redonda, repleta de objetos para exponer, y en la pared del fondo hay un apartadizo con forma de caja, de un metro cincuenta de alto, cuatro metros de ancho, noventa centímetros de hondo, que Reinhold había construido con listones y tablas, y que había fijado a la pared con ángulos de hierro. Podría pensarse que es un espacio para almacenar aparatos, cajas y bidones, pero quien presione la tapa del lado estrecho de la izquierda, tapada a medias por un estante bajo con diez, quince libros, verá que Reinhold ha extendido dos colchones a lo largo del suelo del apartadizo: ahí dormirán la madre y la hija.

Difícil imaginar que las dos aguanten mucho tiempo en ese sofocante escondite. De hecho, después de semanas o meses, Reinhold se trae un somier plegable de la marca Inrusa que alguien le ha regalado o le ha vendido por poco dinero. Por las noches lo despliegan para Lucia; a la mañana siguiente lo guardan en el armario con toda la ropa de cama. Mientras Regina hace sus necesidades en un cubo, Lucia corre -esponja, toalla y jabón en mano- hacia el taller, cuyo peculiar olor a grasa de soldadura, pasta de pulido y aire viciado le seguirá siendo familiar después de setenta y tantos años. Se abre camino entre el banco de trabajo, la estufa de hierro fundido, la mesa larga, debajo de la cual hay varias pilas de chapa de metal, y el amplio armario, en el que, tras un cristal, están los artículos terminados, producidos en cantidad para su lavado, y una tina de metal para dar pátina, teñir y lavar el material. A la izquierda hay una mesa para soldar, un quemador y una cocina de gas. Pone a calentar el hervidor. Cuando poco después de las ocho llega Reinhold, ella y su madre ya están trabajando. Seis días a la semana, de lunes a sábado.

Los adultos evitaban hablar sobre las consecuencias de la fuga: Reinhold permanecía callado porque sólo decía algo cuando lo consideraba imprescindible, y Regina, para no asustar a Lucia. Ambos, porque hablar de ello no habría impedido el peligro. De todos modos, su experiencia bastaba para que imaginaran las reacciones de las autoridades a su desaparición. Cuando se llevaron a sus compañeros de piso a un campo provisional en el segundo distrito, probablemente ni se habían apercibido siquiera de la ausencia de ambas. No les llamaría la atención hasta el momento en que Regina no acatara el requerimiento escrito de estar preparada junto con su hija para su evacuación. A continuación, los informantes de la Gestapo habrían vigilado la casa con los pisos colectivos de judíos, entretanto clausurados, al tiempo que las habrían buscado en el barrio y en las

tiendas en las que todavía podían comprar los judíos, de una manera más bien descuidada y aleatoria, pues la mayoría de quienes vivían en clandestinidad tarde o temprano acababan cayendo en manos de la policía durante los controles en las calles y las redadas, o eran detectados en un escondrijo a consecuencia de una denuncia, a veces incluso en el transcurso de otras pesquisas. Resultaba difícil imaginar que, en esas circunstancias, la Gestapo tuviera puesto el ojo en Reinhold Duschka. Sin embargo, tampoco podía descartarse. Podría ocurrir que interrogaran a alguien que supiera de su amistad con Regina Steinig y que mencionara su nombre de pasada, o tras las amenazas de recibir una paliza o, a más tardar, en el decurso de un intenso interrogatorio. Que vigilaran a Reinhold durante algunos días y de pronto emprendieran un registro domiciliario. En su piso no habrían hallado nada, pero la guarida en la habitación adicional de su taller no habría pasado desapercibida a sus miradas expertas.

Ésta era una de las causas por las que vivían en una angustia constante. La otra radicaba en que Regina y Lucia dependían de la presencia de Reinhold y de su salud. Si le sucedía algo, estaban perdidas. Regina no conocía a nadie que las hubiera albergado en su casa o en otra parte, en los sótanos de un chalé de la periferia, en una casa con huerto, en la trastera de una chamarilería. E incluso si por un milagro hubieran encontrado un nuevo escondite, apenas habría sido posible alimentarlas. Las raciones iban reduciéndose de año en año, de modo que habrían sido necesarios diez o doce beneficiarios de las cartillas de racionamiento para dar de comer a dos personas más, es decir, toda una red de salvadores, o salvadoras, osados a la vez que prudentes.

A pesar de que los tres tenían que arreglárselas con una sola cartilla, rara vez sucedía que Reinhold no supiera dónde conseguir comida para el día siguiente, pues con la persistencia de la guerra aumentó la demanda de objetos artesanales que, al verlos o usarlos, durante unos instantes procuraban a las personas la sensación de vivir en tiempos de paz. Con Lucia y Regina de ayudantes, podía producir un mayor número de piezas y, con ese beneficio adicional, obtener alimentos en el mercado negro. Sabían que un tendero le vendía en secreto mercancías que sólo podían canjearse por los sellos de las cartillas de racionamiento.

¿No sospecha cuando vas tanto a su tienda?, preguntó Regina.

Qué va, replicó Reinhold. Le he dicho que hago mucho deporte y que por eso ando siempre con hambre.

Reinhold también solía frecuentar el Naschmarkt, mercado que quedaba a quince minutos del Werkstättenhof. Los campesinos de los alrededores vendían allí las verduras que no estaban obligados a entregar. Una vez estaba él presente cuando llegó un cargamento de

zanahorias. Con la ayuda de una carretilla, se llevó un saco gigantesco al taller y durante semanas comieron zanahorias crudas, ralladas y cocidas. En cambio, la carne escaseaba y, por tanto, era casi inasequible. A Reinhold eso no le afectaba mucho porque apenas la comía, pero Lucia estaba en edad de crecimiento y necesitaba una alimentación equilibrada, a pesar de que, al contrario que su madre, fue de mal comer toda su vida e incluso lo era por aquel entonces, tal como dice ella.

No obstante, muy al principio, en la primera semana de clandestinidad, Reinhold no fue capaz de conseguir suficientes víveres. Lucia cuenta que por eso su madre salió un día, sola, sin la estrella amarilla ni el carnet de identidad, para llamar desde una cabina telefónica a una vecina de la casa del 29 de la Berggasse que ni siquiera después de la ocupación de Austria vio ningún motivo para enemistarse con una judía y su hija. La mujer enseguida la ayudó con una hogaza de pan. Se desconoce dónde se encontraron, si fue en una iglesia o en un pasaje. La vecina no hizo preguntas. Cuanto menos supiera, menor era el riesgo también para ella. Aunque Regina temía todo el tiempo que algún antiguo paciente del hospital Lainz la reconociera por la calle, las dos mujeres debieron de verse también algún tiempo después, o en todo caso hablarse por teléfono, pues a Lucia se le ha quedado grabada una frase de su madre según la cual el hijo de la vecina, soldado del Ejército alemán, había muerto en Stalingrado. Era su único hijo: estaba desesperada y trastornada. A partir de entonces, por razones desconocidas, no existió ningún contacto más entre su madre y aquella mujer.

También la abuela de Lucia sabía que estaban viviendo clandestinamente. Regina le había ocultado dónde y con quién. En cambio, Fritz Hildebrandt conocía el secreto. Incluso las visitaba en el taller de Reinhold cuando estaba en Viena de permiso del frente o porque tenían que someterlo a un tratamiento hospitalario por una forunculosis persistente. A pesar de que Reinhold no lo soportaba, dice Lucia, él no lo creía capaz de traicionarlos.

Otras dos personas podrían haber puesto a las autoridades sobre la pista de Regina. Por un lado, un médico jefe del hospital Lainz, para cuyas investigaciones ella había determinado en su momento el contenido vitamínico de los pimientos húngaros y la glucosa contenida en el líquido lacrimal. Es posible que Regina ya le hubiera pedido ayuda en agosto de 1939, cuando por primera vez la junta de reclutamiento pasó revista a los varones de la quinta de 1900. Reinhold era miope, dirigía una empresa unipersonal, no tenía ninguna experiencia en el frente, no ejercía ninguna profesión útil para objetivos militares. A pesar de todo, siempre existía el peligro de que lo declararan apto. Y, al año siguiente, a más tardar después del

ataque a la Unión Soviética, lo habrían llamado a filas o enrolado para trabajar en alguna empresa vital para la guerra si Regina y su conocido del hospital no hubieran intervenido. Regina, con un preparado de pastillas -un frasco entero, tal como recuerda Lucia-, que Reinhold ingería la víspera de cada revista de alistamiento; el médico, recomendándolo a un colega de alto rango muy amigo suyo, y en su opinión una persona absolutamente de fiar, que estaba destinado en el servicio sanitario de las fuerzas aéreas alemanas, de quien Lucia sólo ha retenido el nombre, doctor Rudolf Mader, que vivía en la Albertgasse y que estaba dispuesto a expedir un certificado médico acreditativo de que Reinhold padecía una lesión cardíaca congénita. A cambio, Mader recibía cada vez un regalo: un jarrón, un juego de té o, en una ocasión, una alfombra que Reinhold había adquirido durante sus estudios en la Escuela de Artes y Oficios y de la que ahora se desprendía aliviado y con mucho gusto.

Los días en que Reinhold tenía que comparecer ante la junta de reclutamiento, su madre y ella estaban siempre terriblemente tensas, dice Lucia. La agitación no se disipaba hasta que aparecía él por la puerta con una sonrisa.

Ella no sabe ya cuándo huyeron al taller de Reinhold. ¿En 1941 o a comienzos de 1942? No se acuerda de la estación del año. ¿Había nieve? No. ¿Estaban los árboles en flor, perdían sus hojas? Puede ser. ¿Hacía un calor de verano? Es posible. O no, pues ella llevaba puesto un abrigo y por encima una bufanda la última vez que atravesaron el puente para ir al Werkstättenhof. En cualquier caso, fue en la radio que Reinhold tenía en su taller donde no sólo oyeron las berreantes voces de Hitler y Goebbels, sino también las noticias del rápido avance de las unidades de combate alemanas en territorio enemigo. ¡El Grupo de Ejércitos Centro, a treinta kilómetros de Moscú! Lucia recuerda ese mensaje, el tono triunfal de una voz masculina, y cree oír a su madre exclamando horrorizada: ¡pero si eso es como de aquí a Baden!

Así pues, fue un día de noviembre de 1941. Lucia tenía doce años y cuatro meses, y estaba limando un posavasos cuadrado fabricado con chapa de cobre. Detestaba esa labor porque era monótona y no requería imaginación ni destreza manual. Había que fijar la chapa de un milímetro de grosor al tornillo de banco, entre mordazas protectoras, trabajar los bordes con limas, primero gruesas y después cada vez más finas, y finalmente alisar con papel de lija. La mayoría de las veces Reinhold le devolvía la pieza dos, cinco o diez veces. Esto de aquí no está pulido, y pásale por aquí otra vez la lima de acabado fino.

Siempre me mostraba cómo hacerlo, una y otra vez. Con cariño: nunca me regañaba, nunca perdía la paciencia.

Desde el principio a la chica se le daba tan bien soldar que pronto

le confió esa tarea. A lo sumo ayudaba a Lucia a fijar las piezas en la posición idónea con tornillos de apriete, antes de que ella se pusiera a soldar con el soplete y el fuelle un asa, una base, un aro de soporte, pies pequeños y, en un número especialmente elevado porque era un regalo de Navidad muy popular, un tornillo en el centro de un tapón ornamental que podía colocarse encima del corcho de una botella de vino. Había que proceder con rapidez para que la temperatura fuera la idónea y la chapita de estaño no comenzara a fundirse, y se requería una mano firme y una mirada precisa.

También fue una suerte dentro de la desgracia el hecho de que Regina y Lucia tuvieran que trabajar para seguir vivas. El trabajo les proporcionaba un sostén, las entretenía, les daba la oportunidad de mostrarse agradecidas por la audacia de Reinhold. Para Lucia significaba a la vez distracción y ensimismamiento, una especie de sensación de seguridad, y esto era sobre todo mérito de él.

A ella le gustaba que a él se le ocurriera siempre algo nuevo por hacer. Dejando aparte los tapones decorativos, que enseguida quedaban hechos, y los brazaletes, para los cuales empleaban los restos de las chapas de latón, ninguna pieza se asemejaba a otra: un jarrón era puntiagudo; el siguiente, abombado; el subsiguiente, triangular. A esto se añadía la facilidad con la que Reinhold, con nada más que unos alicates y una tira fina de chapa, creaba en cualquier momento un caballo o un cisne, y su modestia: no hacía valer su autoridad. Daba consejos: no órdenes. A pesar de que se reservaba los trabajos verdaderamente duros, les permitía participar en todo el proceso de fabricación, que por regla general comprendía una docena de fases: el dibujo de las líneas a lápiz; el recorte con la cizalla; el alisado con un mazo de madera; el clavado con otros seis o siete martillos, con golpes precisos en intervalos regulares desde el centro hacia el borde hasta que la chapa adoptaba una forma concreta; el repujado; el recocido sobre la llama de un mechero Bunsen; el enfriado brusco en la tina con ácido sulfúrico diluido; el lavado; el montaje sobre una madera escuadrada o sobre uno de los dos tocones, uno liso y otro con oquedades, que estaban al lado del banco de trabajo; el allanado, el desbarbado y el pulido. Finalmente, el solemne momento en que Reinhold volvía a examinar una pieza, la sujetaba a contraluz, le daba la vuelta, la guardaba en el armario.

En la primera época aún había cobre. De vez en cuando, muy rara vez, chapa de plata. Cuando ya no fue posible obtener más chapa de cobre, trabajamos con aluzink, una aleación de zinc y aluminio. Era un material malísimo al que le salían manchas poco después. Lo pulíamos para que éstas no se vieran y le aplicábamos una pátina para que adquiriera una coloración parduzca. A los pocos meses, volvían a aparecer. Sin embargo, no había reclamaciones. En la guerra nadie

reclama porque todo el mundo se alegra de recibir cualquier cosa.

El martilleo se hacía durante el día hasta que había que encender la luz: dos bombillas peladas que colgaban del techo por encima del banco de trabajo y de la mesa. Antes de encenderlas, Reinhold bajaba las persianas negras. A Lucia se le ha quedado grabado en la memoria el movimiento de la mano pasando con cuidado sobre las bandas de papel para que se superpusieran a los bordes, ya que se había decretado una oscuridad absoluta y el guardia de la defensa antiaérea controlaba en la calle si se cumplía la orden. Por ese mismo motivo, un tiempo después Reinhold tuvo que colocar un cubo lleno de arena junto a la puerta de entrada para combatir los incendios en el caso de ataques aéreos, una medida precaria de la que se burlaba Regina. También se mofaba de las caricaturas del semanario antisemita *Der Stürmer*, del que Reinhold se trajo un día un ejemplar. No se sabe quién se lo endosó. Contagiado por el humor negro de ella, él contó algunos chistes que había oído por ahí. Lo llamativo en el recuerdo de Lucia no está en que en los chistes se ridiculizara a los nazis por el odio que les tenían a los judíos, sino que Reinhold, excepcionalmente y por iniciativa propia, sin que se le exhortara a ello ni se viera obligado por las circunstancias, pronunció más de dos frases seguidas.

Mi madre era muy locuaz, le gustaba hablar. Reinhold sólo decía alguna palabra de cuando en cuando, y yo… yo pensaba mucho lo que podría decir.

Dos veces al día, a la hora del almuerzo y al atardecer, Regina preparaba una comida que tomaban en la mesa de trabajo, donde quedara un hueco libre. Por suerte, nadie llamaba a la puerta mientras ella estaba cocinando. Normalmente eso ocurría por la mañana, y madre e hija siempre se quedaban petrificadas durante un segundo de pánico. Luego recogían a toda prisa cualquier cosa que pudiera delatar su presencia -una chaqueta de punto, un delantal, la familia de ositos de Lucia, para la cual la chica había construido en el suelo una carretera con restos de metal y trozos de madera-, se iban corriendo a la otra habitación, cerraban la puerta a su paso y se deslizaban dentro de la *caja*, que era como llamaban ellas al apartadizo. En silencio, sin susurrar una sola palabra, a veces conteniendo incluso las ganas de toser, se acurrucaban en los colchones hasta que Reinhold acababa de despachar a sus visitas. Aparte del cartero, se trataba por lo general de proveedores, operarios de la misma planta que venían a pedir prestado un martillo o una abrazadera, o una mujer de la primera planta que llevaba un taller de esmaltado y que continuamente recibía encargos de Reinhold. Los clientes solían venir sólo por la tarde. Aquel pánico paralizante que Lucia sentía toda vez que alguien tocaba el timbre la perseguía desde el día que llamaron a la puerta en la Berggasse y, después de abrir, los hombres entraron estrepitosamente

en la vivienda para llevarse detenido al abuelo.

También corrían peligro cada vez que Regina o Lucia tenían que ir al lavabo. Estando ausente Reinhold por las noches o los domingos, cuando él hacía sus excursiones a la montaña, empleaban un cubo, pero durante el horario de trabajo se dirigían sigilosamente al pasillo, a uno de los dos lavabos comunitarios que había en cada planta, después de que Reinhold se hubiera asegurado de que no había nadie. Lo asombroso es que nunca las descubrieran.

Seguían trabajando un rato con luz artificial en labores que que no eran muy ruidosas, como el limado, que Lucia detestaba. A eso de las seis, a lo sumo a las siete de la tarde, Reinhold se despedía, cerraba la puerta desde fuera. La llave de repuesto colgaba de un gancho a la entrada.

Desconocían por completo la vida que llevaba él fuera del taller. Lucia no sabía dónde vivía, ni si se reunía con amigos, ni si tenía novia, ni con quién se iba a escalar los domingos ni dónde. Tal vez existía un acuerdo tácito entre Regina y Reinhold para dejar a un lado la vida privada de él en las conversaciones, y a la niña no se le pasaba por la cabeza preguntarle. No solía prestar atención a lo que hablaban los adultos. Añoraba estar con otros chicos con quienes poder jugar o verlos jugando. Y eso que a diario los tenía enfrente, en la escuela de formación profesional. Siempre tenía la tentación de acercarse a la ventana para echar un vistazo a las aulas. A lo lejos veía las hileras de bancos, las cabezas, los hombros, los brazos de muchachos de su misma edad o algo mayores, que a veces cuchicheaban entre ellos, se levantaban, abrían las ventanas para ventilar o caminaban hacia la pizarra, que permanecía oculta para ella. Recuerda la exclamación de advertencia de su madre: ¡no te acerques tanto! ¡Atrás! Recuerda las lágrimas que le rodaban por las mejillas mientras estaba allí de pie mirando.

Nunca hacían una limpieza realmente a fondo. Por las noches retiraban las virutas de la mesa y Regina barría el suelo. Las ventanas se ensuciaban, lo cual no molestaba a nadie, y las paredes estaban grises por el hollín. Cuando una noche Lucia se despertó rascándose desesperada las irritantes picaduras que tenía en los brazos y en la barriga, se pusieron a la caza de chinches. Después de una larga búsqueda averiguaron que los bichos habían anidado en los muelles en espiral de la cama plegable e intentaron aplastarlos con unos palitos de madera. Lucia recuerda el hedor terrible que desprendían. Sin embargo, no había manera de exterminarlos, de modo que Reinhold se armó de un fumigador Flit y roció todo de un líquido con un olor muy penetrante. Lo hizo varias veces y durante varios días hasta que finalmente pudieron dormir tranquilas.

En la estación fría del año, el fuego del horno no se apagaba nunca. Cuando disponían de briquetas, quemaban los desechos de madera, carbón, papel usado, todo lo que tenían a mano. También fue una suerte que no se murieran de frío, ni siquiera aquel primer invierno que vivieron en la clandestinidad, que fue especialmente riguroso. Regina hacía una colada grande, luego tendía la ropa al lado del horno para que se secara durante la noche. Con el paso del tiempo, las bragas, las batas y las medias sólo servían como trapos. A Lucia la ropa se le quedaba pequeña al crecer, pero él no podía correr el riesgo de canjear los cupones de su cartilla de racionamiento por ropa interior femenina y zapatos infantiles. Reinhold corrió la voz entre sus compañeros montañistas, entre los cuales, piensa hoy Lucia, había también mujeres jóvenes que lo adoraban. Tal vez una de ellas colaboraba en una parroquia y le entregaba faldas y zapatos que desechaban algunas feligresas caritativas. Regina estaba feliz con esa ropa, ya que nunca le había dado ninguna importancia al vestuario. Y Lucia era poco exigente. La mayor parte del tiempo vestía una camisa de hombre remangada y anudada al talle. En invierno se ponía unos calcetines gruesos de lana o unas polainas hechas con trapos raídos y, en lugar de zapatos, calzaba unos pantuflos con una suela de madera a la que Reinhold fijaba una tira de tela.

Su primera menstruación no la asustó. Regina había instruido a su hija a una edad temprana y de una manera que no había despertado en ella ni expectativas ni repugnancia. Ahora le había venido el período, con ese tirón en el abdomen, doloroso pero irrelevante en comparación con el continuo miedo a ser descubiertas. Lo único que a Lucia le pareció desagradable fue el procedimiento, que ya había observado en su madre, de contener la sangre con jirones de tela que tenían que andar lavando de continuo mientras duraba la regla. Las compresas o la celulosa absorbente, de por sí difíciles de conseguir, quedaban fuera del alcance incluso del ingenio de Reinhold.

Los domingos reinaba un silencio sepulcral en el Werkstättenhof. Ni siquiera el conserje, suponiendo que lo hubiera, estaba ese día en el edificio. A pesar de los gruesos tabiques y de los macizos techos era impensable trabajar: los ruidos procedentes del taller de Reinhold, que normalmente no podían distinguirse de los demás, ese día habrían suscitado sospechas a un visitante casual o habrían alarmado al guardia de la defensa antiaérea en el caso de que, incluso durante el fin de semana, subiera por la escalera e inspeccionara los cubos de arena. No debían encender ninguna luz, pues entonces correría el contador situado fuera, en el pasillo, ni tampoco podían ir al lavabo, ya que la descarga de la cisterna las habría delatado.

Para Lucia era el día en que se sumergía en un mundo de aventuras seductoras y de amistades inquebrantables. Reinhold se

había inscrito por ella en una biblioteca y rara vez se olvidaba de proporcionarle nuevas lecturas. De esa manera viajó con Julio Verne a la Luna y al centro de la Tierra, acompañó a Miguel Strogoff en su peligrosa misión a Irkutsk, lloró por la bella Nscho-tschi y aún más por su noble hermano Winnetou, y detestó con todas sus fuerzas a Fräulein Raimar y a todo su internado femenino. Regina, que leía poco, intentaba entablar una conversación de vez en cuando, pero desistía enseguida porque su hija, o bien no respondía, o bien lo hacía al cabo de medio minuto. ¿Qué has dicho, mami? Ese día se acostaban temprano. El lunes a primera hora, la mirada tensa a la puerta cuando la llave giraba en la cerradura.

Lucia valora también a Reinhold porque, en una situación de emergencia como la que vivían, que sólo podía soportarse con una fluida rutina diaria, tenía un instinto para reconocer enseguida los momentos en los que le afectaba especialmente aquel encierro, y por esta razón siempre se le ocurrían tareas nuevas para ella. En el segundo armario del taller, que estaba pegado a la pared de la habitación contigua, había casillas y cajones para pliegos de papel, lápices, sacapuntas, gomas de borrar, cintas mecanográficas y material de embalaje. Había también una máquina de escribir tapada con una cubierta de cuero que Reinhold sacaba cuando había que expedir facturas y albaranes de entrega. Enseñó a Lucia a colocar correctamente en el rodillo la serie de papel de carta, papel carbón y papel fino de copia, dónde tenían que figurar el nombre y la dirección del destinatario, dónde se ponían la fecha y el asunto, qué palabras había que escribir en mayúsculas o subrayadas levantando el rodillo y pulsando la tecla de las mayúsculas. Él le escribía las cartas imitando la letra de imprenta, y ella se ponía manos a la obra con entusiasmo. Cometía errores de principiante al encajar la hoja de papel carbón. O bien se le deslizaba, o bien la insertaba mal con la parte negra boca arriba, de modo que las letras aparecían invertidas en el dorso del papel de carta en lugar de en el papel fino de la copia. A menudo se equivocaba al teclear o se olvidaba de guardar el espacio entre las letras. Por eso Reinhold insistía en que ella tomara por costumbre repasar cada escrito con cuidado antes de presentárselo a él para su revisión.

Tomar nota de un pedido desafiaba también el afán cumplidor de Lucia. Corría una silla hasta la vitrina sobre la cual estaban las cajas que Reinhold obtenía de una fábrica de embalajes de cartón ubicada en el edificio, se subía a ella y se estiraba para alcanzar con las puntas de los dedos una de las cajas en las que Regina y ella apilaban luego las piezas envueltas en papel de seda. Rellenaban los huecos con virutas de madera, colocaban encima la lista de piezas contenidas, cerraban las tapas y envolvían la caja con papel de estraza. El último

paso era encordelar el paquete. Lucia aprendió que el bramante quedaba bien tenso si al anudarlo se pasaba por su propio lazo. El rotulado era cosa de Reinhold: una letra infantil habría podido levantar las sospechas de cualquiera.

No había ninguna presión, dice Lucia. Nunca me obligó trabajar en exceso. De mí dependía hacerlo o no y durante cuánto tiempo. Cuando me cansaba del martilleo, pasaba a máquina una o dos cartas. Luego me buscaba algo para leer o ayudaba a mi madre a pelar zanahorias. Punteaba un poco el linóleo con el buril. O recortaba una figura con la segueta.

Las instrucciones para todo eso las encontró en los pliegos de manualidades de un periódico infantil que en sus primeros meses de vida en la clandestinidad seguía saliendo cada dos semanas. Posteriormente la editorial quedó excluida de la asignación de papel y tuvo que dejar de publicar. Lucia olvidó la cabecera del periódico; era algo con un animal, dice. ¿Mariposa? No. ¿El loro? Tampoco. ¿Avefría? No logro acordarme.

Se ceñía estrictamente a las plantillas. Ni siquiera al pintar los motivos se atrevía a utilizar otros colores. Lucia rebate la suposición de que, a causa del peligro permanente, tratara de atenerse con obstinación a aquello que le parecía seguro. Dice que simplemente no tenía talento artístico, y que eso lo tuvo claro desde muy niña. Cuando dibujaba algo, nunca le salía como se había imaginado. A diferencia de su madre, que no se interesaba por tales cosas, ella había aprendido a hacer labores en la escuela, de modo que un buen día se puso a hacer abrigos de ganchillo para sus ositos. Al darse cuenta de que ni uno solo le había quedado realmente bien, se sintió decepcionada. En otra ocasión tuvo mejor suerte con los cuadernillos escolares que les confeccionó con hilo y papel. A cada uno de ellos le ponía un cuaderno bajo el brazo y a continuación los enviaba a la escuela de osos.

Como institutriz forzosa e indeseada de su hija, Regina luchaba por una causa perdida de antemano. Para poder darle clase, primero tenía que animarla con buenas palabras durante media hora. Si finalmente Lucia accedía a abrir un cuaderno o un libro, seguía existiendo el riesgo de que la niña se levantara con cualquier pretexto para ir corriendo a la otra habitación, o que considerara más importante ayudar a Reinhold en el trabajo. En esos momentos, incluso el limado le parecía agradable a Lucia. Daba lo mismo que se tratara del cálculo de fracciones, de la diferencia entre adverbios y adjetivos, de la velocidad de la luz o de los cuatro tipos de enlaces químicos, porque lo que le entraba por un oído le salía inmediatamente por el otro. La impaciencia de su madre, dice Lucia, tampoco facilitaba las cosas. Reñirla no servía de nada. Además, dudaba si realmente valía la pena

aprender algo. ¿Para qué? ¿Para cuándo? La mayor parte del tiempo tenía la sensación de que nunca volvería a estar entre personas. Una noche se asustó al pensar en lo borrosa que se había vuelto para ella la imagen de estar sentada en una clase entre niños traviesos, solícitos, maliciosos, al lado de una chica que tapaba su cuaderno con la mano izquierda cada vez que tenían que escribir un dictado, o delante de otra que le dejaba debajo del pupitre un papelito doblado varias veces en el que ponía: ¿quieres ser mi amiga?

Después del cuarto curso en la escuela primaria, Lucia había pasado al instituto judío Chajes, que, sin embargo, fue cerrado por las autoridades a mediados de octubre de 1939, sólo un mes después del comienzo del año escolar. En el examen de ingreso tenían que contar el cuento de la mesa, el asno y el bastón maravillosos, de los hermanos Grimm, y ponerle un título nuevo. «Hay que saber apañárselas», escribió Lucia. En esos momentos, en realidad continuamente, tenía la sensación de que, de los tres, sólo Reinhold sabía apañárselas, para él y para los demás. Era el único que nunca daba la impresión de estar tenso. No dejaba adivinar sus cambios de ánimo y jamás perdía la paciencia. Hubo una sola discusión: cuando Regina se empeñó en abrir uno de los tarros de compota que, a modo de última reserva, estaban en la estantería de los libros de la habitación contigua, y él se opuso rotundamente.

También Reinhold se esforzaba por enseñarle lo que se aprendía en la escuela. Con el atlas desplegado, estudiaban los continentes, los mares, las grandes cadenas montañosas y los ríos, los países y las capitales de Europa. En esto Lucia manifestaba un mayor interés; en primer lugar, le era útil para las muchas veces que jugaba a *alto el lápiz* con las categorías de ciudades, países y ríos; en segundo lugar, así podía orientarse mejor en el mapa que Reinhold había pegado en la vitrina. No fue sino un año y medio después de su huida al taller cuando ella comenzó a marcar las líneas del frente en el mapa con pequeños gallardetes de colores, algo impensable durante un período en que el Ejército alemán no dejaba de conquistar un país tras otro. En esa época incluso habría preferido destrozar el transistor a causa de las noticias, que llevaban a la desesperación a su madre. ¿Cómo acabará todo esto? Hoy en día este suspiro en letanía sigue resonándole a Lucia en los oídos.

Aún peor fue para ella escuchar las palabras con las que Regina expresó su última voluntad. Estaba echada en el apartadizo con fiebre muy alta, padecía de asfixia y escalofríos, vomitó la sopa que le había preparado Reinhold y no reaccionaba a las cataplasmas de vinagre ni a los remedios para la gripe de su botiquín. Lucia no recuerda si al menos durante algunas horas prosiguieron sin su madre el ritmo de trabajo diario, ni si Reinhold por las noches se iba a su casa o,

preocupado por la salud de Regina, pernoctaba en el taller, en el segundo colchón, que no estaba ocupado. Tampoco podría decir si los adultos contemplaron correr el riesgo de llamar a un médico, ni si se lo pensaron, pero desecharon enseguida esa posibilidad, ni si estaban divididos en esa cuestión, indecisos, y por eso esperaron mucho tiempo hasta que Regina estuvo firmemente convencida de que la ayuda médica le llegaría demasiado tarde, y de que en todo caso no haría sino poner en peligro también a Lucia y a Reinhold. Así pues, hay pocos datos sobre el desarrollo de la enfermedad y la cercanía de la muerte; en realidad, nada salvo la instrucción de Regina de descuartizar su cadáver en el taller y enterrarla secretamente en el huerto de la cabaña de Reinhold.

Lo harás, Reinhold. Prométemelo. Y, por favor, sácala adelante. Esta última frase no está confirmada.

Dice que nunca fueron alegres. (Ni siquiera Reinhold, a pesar de que tenía cara de gnomo feliz.) No celebraron nunca los cumpleaños, ni las Navidades ni la Nochevieja. (Ni tampoco había regalos.) Nunca vio que entre su madre y Reinhold se intercambiaran caricias. (Me habría llamado la atención. Una niña tiene un sexto sentido para tales cosas. Además, yo tenía siempre unos celos terribles de cualquiera que se acercara mi madre.) Tampoco observó que su madre y Fritz Hildebrandt se retiraran a la habitación contigua ni que hubieran estado solos allí los dos cada vez que él iba a visitarlas. (Me habría llamado la atención. Una niña tiene…) No sabía si su madre la abrazaba, pero sí puede decir con certeza que había llorado en el pecho de su madre. (Pues me acuerdo de que tenía su hombro por encima de mí, así que debió de tenerme en brazos.) Jugaba con Reinhold a hundir la flota y al parchís. Él la dejaba ganar siempre. (Excepto la primera vez, que me enojé tanto que tiré las fichas al suelo.) En el gramófono de él (que estaba en la habitación de al lado, encima de la mesa grande redonda, con las piezas de exposición) ella ponía durante horas el mismo disco, la *Sinfonía inacabada*, de Schubert. Por iniciativa propia, se aprendió de memoria el *Canto de la campana*, de Schiller, las diecinueve estrofas enteras. Tenía un diario con las tapas verdes y un candado de color dorado. A veces lo cogía, lo abría y pasaba las hojas en blanco. (Me habría gustado escribir algo en él, pero no sabía qué. No vivía nada nuevo. No me trataba con nadie.)

Lucia suplicaba que la dejaran salir. Sólo tres veces, a lo sumo cuatro, afirma ella, cedieron a su insistencia. Antes, los adultos le repetían una y otra vez lo que debía decir si alguien la paraba o le hacía preguntas. ¿Por qué no estás en la escuela? Pero ¿dónde vives? ¿Cómo se llaman tus padres? ¿Tienes hermanos? ¿Por qué estás tan

pálida? No serás una…, ¿verdad? Estaba convencida de que no se delataría, que esquivaría todas las preguntas capciosas, que se dejaría torturar hasta la muerte antes que confesar quién era y dónde se escondía. Además, salía con Reinhold después de ponerse una falda plisada hecha con la ropa vieja de él y de calzarse el único par de zapatos que le cabía medianamente bien. Bajaban las escaleras uno detrás del otro; Lucia cuatro, cinco escalones por delante para que a ninguno de los vecinos de Reinhold en el Werkstättenhof se le pasara por la cabeza que tenían algún vínculo. Ella se quedaba parada una vez que llegaba a la acera de la Hornbostelgasse, parpadeaba mirando al sol y esperaba a que él la alcanzara. Subían por la Gumpendorfer Strasse, tomaban el metropolitano en el Gürtel y hacían transbordo en la Nussdorfer Strasse para montarse en el tranvía.

Lucia deseaba retener en la memoria cuanto veía, pero esas ansias frustraban su propósito, ya que miraba todo con tal concentración que se olvidaba de aquello que justo antes le había parecido digno de recordar. Fachadas grises, sucias, con flechas apuntando hacia los sótanos, una fuente revestida de ladrillos, anuncios publicitarios para la película *Rembrandt*, con Ewald Balser en el papel protagonista, un cartel con tres hombres bebiendo cerveza ante una sombra amenazadora. Un cochero fustigando a unos caballos extenuados. Dos niñas parlanchinas, menores que ella, con las carteras de la escuela a la espalda, y un chico de su edad que, con una camisa parda de las Juventudes Hitlerianas, lleva una caja de zapatos perforada bajo el brazo. Un mutilado de guerra apoyado sobre una pierna y dos muletas en la barandilla de la plataforma del tranvía. Un soldado con los ojos clavados en los pechos de la revisora con la misma desinhibición y desenvoltura con la que ésta le estaba gorroneando un cigarrillo. Dos señoras mayores peleándose por un asiento a voz en grito y con expresiones soeces.

En Grinzing, la última estación, Reinhold y Lucia caminaron hacia las afueras de la ciudad entre casas bajas de viticultores y bodegas de vino de la última cosecha. Al final de esta localidad giraron a la izquierda y, cuesta arriba, enfilaron un empinado atajo entre viñedos. En el camino, poco antes de desembocar en la Höhenstrasse, había un banco con las tablas desgastadas y un estrecho armazón oxidado. Desde allí se les ofrecía una vista despejada sobre la ciudad, el río, los campos aledaños de la parte oriental. Sin embargo, Lucia no tenía entonces tiempo para las explicaciones de Reinhold sobre a qué edificio pertenecía esa torre o aquella cúpula. Se descalzó, se quitó las medias y echó a correr por la senda trillada al lado de la carretera. Él vio cómo su figura delgada se iba haciendo cada vez más pequeña hasta que desapareció por detrás de los árboles o de un arbusto. En el cruce con la Himmelstrasse se dio la vuelta, caminó a buen paso en

dirección contraria, hacia el norte, y pasó al lado de Reinhold, que entretanto se había sentado en el banco y se había sacado del bolsillo de la chaqueta *El libro de las imágenes*, de Rilke. Hacía tiempo que Lucia, tras descubrir aquel poemario en el estante que estaba junto al apartadizo, lo había devorado con ansia, como hacía con toda letra impresa que caía en sus manos.

Al cabo de unos centenares de metros se giró y volvió a pasar corriendo al lado de Reinhold. Ese ir y venir se repitió cuatro, cinco o seis veces. La chica iba hacia la izquierda, luego hacia la derecha. En ocasiones un camión militar o un coche avanzaba traqueteando por la Höhenstrasse, y, más allá de la carretera, en la ladera del Latisberg, estaba el hotel Palacio Cobenzl, al que no debía acercarse de ninguna de las maneras porque, según él le había insistido, ya entonces hacía las veces de hospital militar o tal vez de puesto de mando de la brigada antiaérea de Viena. Después de media hora Lucia se dejó caer acalorada a su lado en el banco y se pusieron los dos a señalar con el dedo y nombrar los monumentos emblemáticos de la ciudad visibles entre la centelleante bruma.

Ya en el descenso, a Lucia le asustó que se pudieran perder esos preciosos momentos al aire libre por un descuido. Una vez más habría querido absorber o envolver todo lo que tenía a su alrededor para poder vivir de ello el mayor tiempo posible. El gorjeo de los pájaros, el viento en los cabellos, el olor de la hierba recién segada. Cortó rápidamente algunas flores de la pradera para un ramo que fue marchitándose, pero que a Regina, la obsequiada, le pareció magnífico. Su emoción persistió incluso a la mañana siguiente al saltar de la cama plegable, de buen humor a pesar de las agujetas. De regreso a casa, justo cuando Reinhold estaba abriendo la puerta, un hombre del taller de carpintería contiguo salió al pasillo, pero para alivio suyo dirigió la vista hacia otro lado. ¿O sólo se lo pareció así a ellos?

Suponiendo que esa excursión hubiera tenido lugar entre mayo y septiembre de 1943, entonces habría sido la última que emprendieron ambos desde el taller. En invierno había nieve la mayor parte del tiempo por el Cobenzl y hacía demasiado frío para caminar. Además, las ramas y las cepas peladas no protegían de las miradas ajenas. Puesto que los ataques aéreos sobre Viena comenzaron antes del deshielo, cuesta imaginar que Regina hubiera cedido entonces a las ansias de pasear de su hija.

Mucho antes, sin embargo, en un anochecer de finales de otoño o de comienzos del invierno de 1942, debieron de salir los tres, pues Lucia se ve a sí misma y a Reinhold parados delante de una casa de la Albertgasse, ambos exhalando vaho por la boca mientras esperan a Regina, que ha entrado en la vivienda del doctor Mader a por el

certificado médico de Reinhold. Probablemente ésa fue la vez que le llevó la alfombra de regalo, lo cual explicaría por qué salieron los tres del taller: Regina, para ir a ver al médico; Reinhold, para llevar la alfombra enrollada, y Lucia, porque su madre no quiso dejarla sola bajo ningún concepto. Así pues, Reinhold y ella están a oscuras frente a aquella casa, se apoyan alternativamente en ambos pies y conversan en voz baja sobre la batalla de Stalingrado, que dura ya desde hace varias semanas. La *Wehrmacht* está cercada, los alemanes van a perder la guerra, u otras frases del estilo, salen por la boca de Lucia con un tono grandilocuente. De hecho, pronto podrá marcar en el mapa las rectificaciones en el frente del este anunciadas por la emisora del Reich en Viena, así como la capitulación del *Afrikakorps* en Túnez y el desembarco de los aliados en Sicilia al año siguiente.

Al otro, a partir de marzo de 1944, cuando bombardearon Viena por primera vez, encendían la radio ya a media mañana. A las once se interrumpió el programa y sonó el cuco siete veces, lo cual significaba que había unidades de combate enemigas aproximándose, escuadrones de bombarderos de las fuerzas aéreas estadounidenses que exactamente una hora después tomarían el cielo de la ciudad. Regina reaccionó atemorizada; Lucia, con un asomo de satisfacción ante la nueva amenaza: ¡ahora se van a enterar los nazis de lo que es bueno! Durante los ataques aéreos, los tranvías y los autobuses vacíos, invisibles para ellos, se quedaban detenidos entre las hileras de casas, y aquí y allá se veían en la calle, abandonados, algunos carros cargados, pero sin los animales de tiro, pues la gente los desguarnecía a toda prisa y los introducía por las puertas cocheras de las casas. Las aulas de la escuela de enfrente se vaciaron inmediatamente después de la alerta, de lo cual ellos tampoco se enteraron. Reinhold no se dirigió al refugio antiaéreo hasta que ellas se metieron en el apartadizo. Tal vez abrió una ventana antes para evitar que los cristales se hicieran añicos por la onda expansiva, cerró la llave del gas y se colgó la mochila, que contenía algunos víveres para una emergencia, una linterna y vendas. No se sintió bien dejándolas en el taller tras una puerta que, según las normas, no debía cerrarse con llave durante la alarma, pero a la larga le habría resultado difícil justificar su ausencia en el refugio.

Para Lucia era especialmente aterrador ese penetrante aullido de las sirenas que cada sábado al mediodía, en señal del fin de la jornada laboral, sigue llegándole en la actualidad hasta la médula al tiempo que activa el recuerdo de los demás ruidos anunciadores de la muerte: el retumbar de los aviones, el repiqueteo de la artillería antiaérea, el silbar y el ulular de las bombas que se precipitaban desde el cielo, su estallido ensordecedor. Al principio caían en las barriadas, en las fábricas, en los barracones de trabajadores, en aeródromos y refinerías

más allá del Danubio, y en el sur de la ciudad. Luego lo hicieron en los cuarteles cercanos al centro, en las estaciones de ferrocarril, en los ramales ferroviarios y, a partir del verano, incluso en los edificios del centro urbano. Que bombardearan el barrio delimitado por las calles Wienzeile y Mariahilfer era sólo cuestión de tiempo. A pesar de todo, Regina no se atrevía a bajar al refugio con Lucia. Sabían por Reinhold que cada dos por tres se efectuaban controles policiales. Allí estaba el guardia de la defensa antiaérea, excesivamente meticuloso y cumplidor de su cometido. Además, ya sólo el recelo que suscitaban una mujer y una niña desconocidas podía ser peligroso para ellas; cuanto más amenazador se presentaba el transcurso de la guerra para los partidarios o seguidores del régimen que buscaban protección, con tanta mayor celeridad sospechaban de la presencia de judíos clandestinos y tanto mayor era su deseo de echarles el guante. Así pues, era mejor quedarse arriba, temblar y abrigar la esperanza de que el Werkstättenhof se librara de las bombas.

Esta situación continuó así hasta el 5 de noviembre de 1944, día en que Reinhold se había ido a escalar o a caminar por la montaña. A eso del mediodía oyeron el aullido creciente y decreciente de las sirenas, y, siguiendo una intuición repentina, Regina dijo: hoy sí bajamos al refugio. Es domingo, tal vez no haya nadie allí.

Y ¿si alguien nos pregunta de dónde venimos?

Entonces decimos simplemente que…

No le dio tiempo a inventarse una justificación porque las primeras bombas comenzaron a caer cuando todavía se encontraban bajando las escaleras. Los cascotes de los muros y las tejas cayeron en el patio, el pavimento de madera tembló igual que en un terremoto y la onda expansiva las arrojó al suelo. Fue un milagro que salieran ilesas, que no se perdieran la una a la otra en la nube de polvo y que encontraran a ciegas la bajada al refugio.

Abajo, en el sótano, sólo había un puñado de personas tendidas o sentadas -Lucia cree haber visto media docena a lo sumo-, inquilinos del edificio de viviendas al otro lado del patio que estaban ya tan aterrorizados que apenas les prestaron atención a ella y su madre, que entraban precipitadamente. Si acaso, alguien vociferaba: ¡cierren la puerta!, pero esa voz habría quedado ahogada por el estruendo, o bien enmudecida completamente por los gemidos en cada detonación que hacía que el suelo temblara con ondulaciones. Un crujido recorría las paredes; en el interior se arremolinaban los escombros y cada vez más polvo; el aire comprimido martilleaba los tímpanos; la luz parpadeaba y se fue debilitando hasta que los filamentos incandescentes, emitiendo un brillo cada vez más tenue, se extinguieron definitivamente entre quejidos y gritos. Regina había llevado a Lucia a un rincón junto a los cimientos del cortafuegos. Allí se acurrucó, la

abrazó. Su predicción, que la chica no quería creer, sonaba como una letanía: ahora vamos a morir seguro, vamos a morir seguro, vamos a morir de verdad.

Por miedo a asfixiarse en el refugio, la gente se levantó a duras penas en la penumbra y, a pesar de que el ataque aéreo continuaba, se apresuró a salir al patio, en el que las bombas habían abierto por lo menos tres cráteres. El tejado del Werkstättenhof había desaparecido; las dos plantas superiores ardían en llamas.

El parque de bomberos del Gürtel también está en llamas, gritó una mujer robusta que iba con los brazos desnudos a pesar del frío, y han bombardeado el hospital de la Stumpergasse, así que los bomberos hoy tardarán una eternidad en venir, eso si vienen.

Al cabo de un rato, la gente se dispersó. Regina y Lucia se quedaron solas, se sentaron en un trozo de piedra y aguardaron una o dos horas. Puesto que estaban aturdidas, no sentían miedo.

Es sorprendente lo rápido que acudió Reinhold después de aquel grave ataque aéreo, que seguramente había observado de lejos durante su excursión por la montaña. Falta la memoria del ansiado reencuentro. Regina se sacudió como pudo el polvo de la ropa y luego limpió el hollín de la cara de su hija con saliva y un pañuelo de Reinhold. Antes de que llegaran los bomberos, se pusieron los tres en marcha para recorrer a pie el largo camino hasta Hütteldorf entre una multitud de personas que, al igual que ellos, se habían quedado sin hogar y esperaban que amigos o parientes los acogieran. Su destino era la cabaña en la ladera del monte Wolfersberg. Llegaron ya de noche, bajo la nevisca y una temperatura justo por encima del punto de congelación. Desde la colina Lucia podía divisar la ciudad. Aquel mar de llamas la llenó de euforia: se sentía como Nerón contemplando desde las alturas el incendio de Roma.

A la mañana siguiente o a la otra, regresaron con Reinhold al Werkstättenhof. En el pasaje a la Mollardgasse se sirvió una sopa caliente a las personas que habían perdido su vivienda a causa del bombardeo, una sopa exquisita, como todavía recuerda Lucia entusiasmada. Por el personal de la cocina de campaña se enteraron de que el edificio había recibido diecinueve impactos directos. Las bombas habían atravesado el tejado y el suelo de la quinta planta, pero, gracias a las vigas y a los bloques de hormigón armado, no continuaron su descenso, sino que explotaron en la cuarta planta. En la planta baja y en los primeros tres pisos no habían ocasionado daños mayores aparte de los marcos arrancados de las ventanas. Hasta las escaleras y un hueco del ascensor habían soportado la fuerza explosiva. La cuarta planta, incluidos los muros exteriores y los tabiques, había quedado completamente calcinada, de modo que Reinhold tuvo que orientarse por la fachada de la Escuela de

Formación Profesional para dar con el lugar en el que había estado su taller. Entre el polvo harinoso y los escombros a los que habían quedado reducidas sus pertenencias, se pusieron a buscar objetos que aún pudieran utilizarse. Los alicates, las limas y los tornillos de banco se habían fundido creando objetos deformes: no valía la pena levantarlos del suelo. En cambio, las cabezas de los martillos habían resistido el calor. Las arrojaron a un cubo que Reinhold había mendigado en algún sitio. Los cuatro libros de oraciones judías del legado de Josef Treister fueron un hallazgo inesperado. En recuerdo de su padre, Regina los había llevado a hurtadillas al taller y los había escondido en un rincón. Las tapas y los lomos estaban carbonizados, mientras que las hojas impresas habían sobrevivido intactas al incendio y al agua empleada para su extinción.

Al día siguiente prosiguieron su búsqueda. Entretanto, Reinhold se esforzaba por encontrar otro alojamiento. En su cabaña podían permanecer a lo sumo algunas noches, y aun así corrían un gran riesgo. En invierno los huertos de la colonia estaban desiertos, de suerte que su presencia le habría parecido más que sospechosa a cualquiera que los viera por casualidad. No se podía confiar en los vecinos; tenían ojos en todas partes, dijo Reinhold, y andaban al acecho para denunciar a desconocidos a la policía. No podían encender la lumbre porque el humo de la chimenea los habría delatado y, por el mismo motivo, tampoco podían cocinar nada, eso en el caso de que hubiera algo que cocinar. Al anochecer Regina lavaba con agua fría la ropa que vestían; no les quedaba otro remedio que volver a ponérsela a la mañana siguiente, todavía húmeda.

Al cuarto día después de perder su escondite, Regina y Lucia se encontraron con un control callejero. En su camino a Wolfersberg desde el Werkstättenhof, ya habían llegado a Hütteldorf, a la estación terminal de la línea 49 del tranvía, y repararon en el puesto de control cuando ya era tarde para poder esquivarlo.

¡Rápido!, susurró Regina, ¡enséñales el carné y desaparece!

Y, en vista de que Lucia no se separaba de ella: ¡vete ya, vete! Quién sabe lo que harán conmigo.

Gracias a la presencia de ánimo que había demostrado durante el ataque aéreo del domingo pudieron presentar alguna identificación. En el último momento antes de abandonar el taller, Regina cogió dos documentos que había guardado para casos de emergencia. Uno de ellos había sido originariamente un documento infantil en blanco del club alpinista que Reinhold había sustraído del local de la asociación, y que había expedido a nombre de Lucia. Por precaución, tal como les explicó al día siguiente. Ese carné, que además no llevaba fotografía, no estaba admitido como documento de identificación personal. A

pesar de todo, eran elevadas las posibilidades de que Lucia saliera bien parada con él. Puesto que era rubia y, además, medio niña, podía hacerse pasar por huérfana a causa de un bombardeo y contar con la compasión de los demás. Mucho más arriesgado era el intento de Regina de atravesar la cadena de puestos de control presentando una cédula de identidad de una enfermera del hospital Lainz expedida hacía ya seis o siete años. No se parecía en nada a la mujer de la foto y ocultaba su cabello bajo un pañuelo que le cubría la frente.

Corre, vete. No me esperes. Toma la llave de la cabaña.

Pero no había manera de desprenderse de Lucia, que se aferró al brazo de su madre hasta que les tocó el turno y Regina presentó los papeles a un hombre con un pantalón bombacho y una chaqueta enguatada.

¿Qué quiere que haga con esto? ¿Dónde está su cartilla laboral? ¿Quién es ésa? ¿Son familia? ¿Adónde van?

Oiga usted: las bombas nos han dejado sin casa; tal vez podría ser un poquito más amable, ¿no?

La audacia con que responde Regina es tan inventada como la expresión ruda de él. Tampoco es seguro si se dio por satisfecho con la media verdad que le contó y las dejó pasar con un gesto malhumorado, o si les ordenó que no se movieran del sitio mientras se dirigía con los documentos de identidad hacia donde había un gordo calvo embutido en un abrigo largo de cuero. Lo vieron gesticular y señalarlas. El gordo alzó brevemente la vista y dijo algo, y el otro, tras unos instantes de vacilación, se dio la vuelta, les devolvió los papeles sin decir una sola palabra y, con un movimiento de la cabeza, les ordenó que prosiguieran su camino. Así pues, fue una escena inventada, imaginada. En cualquier caso, no hay certeza de que fuera de ese modo, pero sí la hay, en cambio, del final feliz y el temblor de rodillas de Lucia y Regina, tan intenso que tuvieron que sentarse en un banco o en un terraplén situado veinte o cincuenta metros más allá del control y esperar a que las piernas les respondieran de nuevo.

Al día siguiente se pusieron otra vez en marcha hacia el centro de la ciudad, a pie, porque las vías del tranvía aún no estaban reparadas. En la Mollardgasse se encontraron con Reinhold. Estaba radiante, algo inusual en él. Un conocido suyo, un tal Richter, gerente o procurador de la empresa Ellinger, Fröhlich & Co., que producía sustancias aromáticas y esencias de licores en la planta baja del Werkstättenhof, había puesto a su disposición un local comercial en la Gumpendorfer Strasse. Lo ocuparon de inmediato. A diferencia del inmueble contiguo, que parecía una casa de muñecas desplegada para jugar, este edificio no había recibido ningún impacto, ni siquiera se había hecho añicos la luna grande del escaparate. La sala del ventanal estaba vacía, excepto por una enorme estufa, y disponía de una salida directa

al sótano. Probablemente también hubiera un inodoro separado y un lavabo, pero éste y otros muchos detalles, dice Lucia, no se han quedado grabados en su memoria.

Lo primero que hizo Reinhold fue calentar el local, eso seguro. Se había aprovisionado de madera en el vecindario, vigas y tablas de casas desmoronadas que sacó de los escombros y cargó hasta la tienda. Ni idea de si ya las había desprendido y desmenuzado en la calle ni de cómo se hizo tan rápidamente con un hacha o una sierra. Lucia tampoco sabe qué hacía todo el tiempo en la tienda, aparte de reponer la leña porque el fuego de la estufa no debía apagarse nunca. Probablemente permanecía sentado allí para distraer a las patrullas de las SS o a las pandillas fanatizadas de las Juventudes Hitlerianas, que andaban a la caza de desertores y de judíos, y también para impedir que otras personas sin hogar a causa de los bombardeos reclamaran para sí aquel local comercial. Era ya imposible continuar trabajando no sólo porque en el taller calcinado no encontraron nada aprovechable, con la excepción de las cabezas de martillo, sino porque ya no podía obtenerse ninguna chapa, ni siquiera del repelente y quebradizo aluzinc. Además, no tenían corriente eléctrica. Las tuberías de agua debieron de quedar intactas o puede que las repararan. En cualquier caso, Lucia no recuerda haber pasado sed en esos últimos cinco meses de la guerra, los cuales formaban en su memoria una maraña de polvo, de ruido, de tumultos.

Día tras día, Regina y ella se quedaban sentadas en un banco sin respaldo, en el húmedo y mohoso compartimento del sótano, y no se movían de allí. A veces los habitantes de la casa bajaban a tientas a las cuevas con cubos para el carbón y velas. Puesto que por las rendijas de los tablones de la puerta penetraba una débil luz parpadeante, ellas veían moverse sombras en la bóveda de ladrillos, oían toser a aquellas personas, carraspear, abrir los candados, echar carbón en los cubos a paladas. Heladas de frío, cada dos o tres horas las dos subían a hurtadillas a la tienda para ponerse detrás de la estufa, de modo que nadie pudiera verlas desde la calle, y entraban en calor durante diez minutos. Sólo al anochecer, después de que Reinhold bajara las persianas, podían estirar los pies en el local de arriba. Lucia no sabe si les consiguió colchones y mantas, o si para dormir se echaban en el suelo vestidas y se envolvían con trapos o alfombrillas viejas de cama. Tampoco está claro cómo se las ingeniaba para ganarse la vida y sustentarlas a ellas también. Ya no tenía ningún ingreso, a no ser que pudiera cobrar las deudas pendientes de las ventas a comisión. Debe de haber tenido dinero en alguna parte, opina Lucia. Sin embargo, esto no es seguro. Lo único que sí es cierto es que ya nunca las dejaba solas a Regina y a ella. Por las noches no regresaba a su vivienda y los domingos no iba a escalar montañas. Sólo abandonaba la tienda para

hacer acopio de madera o para buscar víveres. Más adelante, cuando la gente comenzó a saquear los almacenes, las tiendas y los vagones de mercancías, se hizo con una rueda de queso tan pesada que tuvo que llevarla rodando a casa.

Lucia cree probable que Fritz Hildebrandt visitara también a su madre en la Gumpendorfer Strasse. Tal vez, quién sabe, sirvió por fin para algo y trajo pan, aceite de hígado de bacalao o jabón.

Ella misma había dejado de sentir ansias por salir al aire libre. Aquello era un constante retumbar, estallidos, el aullido de las sirenas, gente escarbando en las basuras, negras humaredas que ascendían al cielo. Viena fue declarada zona de combate, y en los carteles se aconsejaba a las mujeres con niños que abandonaran la ciudad. A pesar de todo, es concebible que Lucia diera de vez en cuando algunos pasos frente a la puerta, pues ¿cómo, si no, podría afirmar haber visto por aquel entonces los avisos que, en tinta negra sobre fondo rojo, anunciaban las ejecuciones? «Los condenados por el Tribunal del Pueblo por actos preparatorios de un delito de alta traición y por la pérdida permanente de todos los derechos cívicos…» Un nombre le resultó familiar. Se trataba de un obrero del distrito de Leopoldstadt que, al igual que su esposa, pertenecía al círculo de amistades de Regina. Comunistas, los dos. Ese hombre fue ejecutado a comienzos del cuarenta y cinco, dice Lucia. Sin embargo, ella debió de leer el aviso correspondiente mucho antes, en una de sus excursiones con Reinhold o la noche en la que debatieron sobre el giro de la guerra frente a la casa de la Albertgasse, pues, en el último año del régimen nazi, las ejecuciones ya no se anunciaban públicamente por falta de papel.

Lucia sabe con certeza que se quedó sin habla por aquella época. Está sentada, muda, al lado de su madre en el banco del sótano. Muda en cuclillas detrás de la estufa. Muda girándose a un lado. Muda apoyando la cabeza en sus manos. No reacciona cuando le preguntan.

Simplemente dejé de hablar. Ni siquiera fui consciente. Mi madre lo mencionó después, cuando ya había pasado lo peor: ¡vaya!, ¡por fin hablas!

Durante días enteros oyeron el fragor de los combates. Cada vez que caía cerca una granada, tintineaba la luna del escaparate. Paulatinamente se fue quedando todo en silencio. Continuaron los disparos aislados, a intervalos cada vez mayores, hasta que oyeron un suave raspado y un traqueteo ligeramente creciente, cuya causa no podían explicarse a pesar de que sabían que significaba la salvación. Reinhold se dirigió a la puerta de la tienda, la abrió y bajó el escalón a la acera. Regina y Lucia lo siguieron, se detuvieron en el umbral y se asomaron a los hombros de Reinhold para mirar. Vieron a los soldados subiendo la calle a paso decidido pero sosegado, algunos de ellos

tirando de carretillas con armas de mano o cajas de munición.

Habíamos visto desfilar al Ejército alemán, la *Wehrmacht*: movimientos acompasados, rígidos, tensos. El golpeteo de las botas en el adoquinado. Los rusos, en cambio, no desfilaban, sino que caminaban. ¡Deambulaban! Eso es lo que más me impresionó. Llevaban botas blandas de fieltro y gorros de piel en lugar de cascos de acero.

Al verlos, a Lucia se le llenaron los ojos de lágrimas. El miedo, dice, desapareció de golpe.

Esto sucedió un día nublado de abril del año 1945, con seguridad entre las dos y las dos y media de la tarde. Ninguno de ellos lo olvidaría nunca.

Permanecieron juntos todavía una semana más. Entonces la situación se había normalizado hasta el punto de poder comenzar a organizar sus vidas en libertad. Los cadáveres fueron recogidos y enterrados provisionalmente en parques o en los cráteres de las bombas, y las calles principales se habían hecho transitables. En su primera caminata, Regina se dirigió a un edificio escolar en la Albertgasse que albergaba una oficina de la comandancia soviética. Gracias a sus conocimientos de polaco, pudo hacerse entender también en ruso. Sin embargo, el capitán o el comandante que la recibió le preguntó por su petición en un alemán casi impecable con un dejo de yidis. A continuación, escuchó la historia de supervivencia con que la justificó.

¿Dónde está el piso, dijo él, del que la echaron los fascistas?

En el distrito de Alsergrund, no muy lejos del canal del Danubio.

Vaya y eche a esa gente. Le doy a uno de mis hombres. Él cuidará de que ustedes puedan instalarse en su vivienda hoy mismo.

La casa de Berggasse 29 estaba intacta. Regina atravesó el patio acompañada del soldado ruso y subió al cuarto piso del edificio de atrás. La puerta de la vivienda tenía el mismo aspecto que hacía cuatro o cinco años; sólo habían cambiado la placa con el nombre. La segunda vez que llamó se oyeron unos pasos, luego una vuelta de llave, se entreabrió un poco la puerta y volvió a cerrarse de inmediato.

¡Otkrojte!, exclamó el soldado, y sacó la pistola. Al instante se abrió la puerta de golpe, como por sí misma.

Asustada, la esposa del matrimonio de entonces se quedó tras el umbral mirando fijamente primero al soldado y luego a Regina. Fue un reconocerse mutuo. Antes de dirigirse allí, Regina se había jurado a sí misma no ceder bajo ningún concepto. Sin embargo, en cuanto su mirada se topó con la niña pequeña que estaba agarrada a la falda de su madre, tuvo claro que renunciaría a su derecho.

La chiquilla. Es mongólica. No podía poner de patitas en la calle a aquella familia. Me di la vuelta y me fui. El ruso, detrás de mí. No tuve que explicarle nada.

¿Qué pasó luego?, preguntó Reinhold cuando se sentaron juntos por última vez en el local de la Gumpendorfer Strasse.

Regresamos a la comandancia. Le conté al oficial por qué había renunciado al piso. Acto seguido, nos mandó salir a preguntar si había alguna vivienda vacía en los alrededores.

A cada portera le hacían la misma pregunta: ¿dónde hay un piso de nazis por aquí? A sólo una manzana encontraron uno en la acera de enfrente. Los antiguos moradores, un asesor fiscal y su esposa, se habían mudado a Salzburgo a finales de febrero o principios de marzo. El apartamento era espacioso, estaba completamente amueblado y en el armario del dormitorio había ropa de cama. Con las prisas, el matrimonio había dejado libros, fotos e incluso algunos documentos de los que se deducía la participación del marido en los crímenes del régimen nazi.

¿Todo bien?, preguntó el soldado.

Regina asintió, se guardó las llaves en el bolsillo y en la comandancia hizo constar por escrito que había tomado posesión de la vivienda conforme a derecho. Esa misma noche Lucia y ella durmieron con edredones de verdad. Fue una experiencia olvidada a la que se acostumbraron con rapidez.

En muy pocos días también les expidieron los nuevos carnés de identidad. Dado que todos los documentos oficiales se habían quemado en el taller, Regina temía que las autoridades no reconocieran su filiación ni la de Lucia sino después de largas y penosas deliberaciones. Sin embargo, cuando fueron al ayuntamiento resultó que las copias de sus certificados de ciudadanía, sus partidas de nacimiento y sus justificantes de empadronamiento habían sobrevivido intactos al gobierno nazi y al caos de la guerra.

Por el contrario, el tercer propósito salió mal. No hay ningún puesto vacante, le dijeron a Regina cuando quiso hacer valer su derecho de readmisión en el hospital Lainz. Después de hablar con el jefe de personal, se dirigió al director del centro, que se limitó a encogerse de hombros. Luego regresó al ayuntamiento, donde expuso los motivos y las circunstancias de su despido y señaló la miserable actitud de su sucesora. La protesta fue en vano.

Pasaron meses, si no años, dice Lucia, hasta que le dieron la razón a mi madre y le permitieron reincorporarse al servicio. Como no querían despedir a la química a la que ella había formado, dividieron el laboratorio de modo que tuvo que trabajar puerta con puerta con esa mujer nazi. De qué vivimos hasta entonces, no lo sé. Probablemente del dinero que ganaba Fritz. Se casaron en 1946. Al

poco, él se vino a vivir a nuestra casa.

El nuevo curso escolar había comenzado ya en junio de 1945. Y con él se despertó el afán de Lucia por aprender. Sólo por la pura ilusión de ir a clase, cada mañana se dirigía a la escuela brincando de alegría, y en el aula era siempre la primera en ofrecerse para borrar la pizarra, pues eso le parecía la esencia de una clase de verdad, algo que tanto había anhelado en su escondrijo. Tenía dificultades con la ortografía, pero la mejor alumna de la clase la ayudaba corrigiendo sus redacciones en secreto, bajo el pupitre. Regina le procuró un profesor particular para y Matemáticas, y además Lucia se levantaba a las cinco para ponerse al día en todas las materias y recuperar los años perdidos. Hacía tiempo que ya tenía claro su deseo de ser médica y se impuso a su madre, que habría preferido que Lucia se inclinara por la carrera de Química.

Algunos días después de la liberación, cuando todavía se oía a lo lejos el fragor de los combates, Lucia fue hasta la Engerthstrasse con la esperanza de volver a ver a su abuela, pero al llegar se enteró de que había fallecido a comienzos del año. La tía Leopoldine se había convertido en una viuda de guerra amargada que, en un encuentro con Regina, se quejó de que le habían colgado el sambenito de nazi y que por eso había perdido su trabajo. Es difícil decir si Regina se armó de paciencia para escucharla o si en mitad de la conversación se levantó y se fue sin despedirse. Al poco tiempo, desde Francia llegó la noticia de que, a comienzos de marzo de 1943, habían deportado a Arnold Treister hacia el este desde el campo de internamiento de Drancy. Aún hoy en día se desconoce si murió en Sobibor o en Majdanek. Su esposa y su hija habían conseguido huir desde París al sur de Francia, donde fueron internadas en un campo. Al año de finalizar la guerra, regresaron las dos a Viena. Regina las acogió en casa hasta que les consiguió un pequeño piso en la Josefstädter Strasse. Su segundo hermano, Julian, había sobrevivido a la ocupación alemana con toda su familia. Jamás retornó a Viena.

Por fin llegó una carta de Australia. Rudi Kraus manifestaba su alegría porque sus peores temores no se habían cumplido y se lamentaba de su forzosa impotencia. «¡Ojalá hubiera podido ayudaros de alguna manera!» Entretanto, trabajaba como profesor de matemáticas en una ciudad pequeña llamada Castlemaine, situada en medio de yacimientos de oro. En resumen, escribía, las cosas le habían ido bien. Había sido una suerte que Piroska y él se reencontraran. Ella había conseguido irse de Shanghái y hacer la travesía hasta Australia. Ahora vivían juntos, y Rudi les mandaba saludos cordiales de su parte. Descartaban rotundamente regresar a Europa. En el caso de que Regina estuviera pensando en emigrar, podría contar con su apoyo. Terminó escribiendo que nada desearía más que acoger en su casa a

Lucia, quien, hasta que llegara ese momento, debía aplicarse al estudio del inglés para que no le costara adaptarse al país.

Sin embargo, ellas no contemplaban esa posibilidad por el momento. Tanto para la madre como para la hija, la separación quedaba excluida de sus planes a pesar de que Fritz Hildebrandt volvía a ocupar una parte considerable del tiempo y del cariño de Regina. Además, estaba Reinhold. La relación con él permanecía intacta. Entretanto, había montado un taller nuevo y había recibido una respuesta afirmativa a su solicitud para volver a instalarse en el Werkstättenhof en cuanto se hubieran reparado los daños de la guerra. Su antigua novia, Mina Gottlieb, le escribió desde otro rincón de Australia. Dejaba entrever que le gustaría regresar a Viena para vivir con él. Reinhold se apresuró a desaconsejarle que lo hiciera. Le escribió contándole que allí la gente pasaba hambre y no tenía nada para calentarse, que la economía estaba por los suelos, que la situación política era bastante confusa, que en lo profesional él había vivido mejores tiempos, y que, además, seguramente ya no tendrían nada que decirse tras la larga separación.

Cuando amas a alguien, todo eso es secundario, dijo Regina. El problema está en que le tienes un pánico terrible a comprometerte por mucho tiempo.

Para siempre, gruñó él.

Las cosas no le iban tan mal como había afirmado en su carta a Mina Gottlieb. Sea como sea, tenía sus ingresos y, como no ambicionaba cosas materiales, pudo seguir dedicándose a su pasión. En invierno era habitual encontrarlo en el Heumarkt, en la pista de patinaje sobre hielo, donde todos los domingos, a partir de las once, se bailaban tangos o valses al son de la música que emitían los altavoces. Reinhold estaba muy solicitado como pareja de baile, dice Lucia. Todas mis amigas lo conocían.

Al segundo o tercer año de la liberación, se llevó a la niña a esquiar a la montaña de Dachstein. De la interminable ascensión a través de la gruesa capa de nieve, ha permanecido en su recuerdo el chocolate que extraía él de su mochila en cada descanso y que le ofrecía en trocitos pequeños, y también su asombro de que se durmiera de pie a causa del agotamiento. En otra ocasión, durante las vacaciones de verano, quiso enseñarle a escalar a su manera, es decir, con tranquilidad y con paciencia. En el terreno de una escuela de alpinismo en Mödling tuvo que subir trepando a un peñasco y, a continuación, arrastrarse por una estrecha cresta con pronunciadas pendientes a izquierda y a derecha.

Era un día terriblemente caluroso y ya antes de iniciar el descenso estaba temblando. Hasta que no coronamos la montaña no vi que se podía alcanzar cómodamente la cumbre por un serpenteante camino

de la vertiente trasera. Eso me dejó tan impresionada que ya no quise volver a escalar. ¿Para qué tanto fastidio con las cuerdas, las correas y los ganchos si se puede hacer también de otra manera?

Poco tiempo después de este intento fallido de insuflar a Lucia su entusiasmo por el montañismo, resultó que Reinhold había comenzado una relación amorosa. Había guardado silencio hasta entonces, pero ahora esa mujer estaba embarazada y quería casarse, y él, ante semejante dilema, pidió consejo a Regina.

Mi novia, Nelly, es de la región de Renania y vino a Viena por la música. La conocí en el club alpinista, fuimos un par de veces a bailar, hicimos algunas excursiones juntos, y pasó lo que pasó.

¿Tú la quieres de verdad?

Sí, pero ya no soy tan joven y no sé si sirvo para el matrimonio, y menos aún para ser padre.

Vale la pena intentarlo, le dijo Regina. Siempre estaréis a tiempo de divorciaros, pero lo que no puedes hacer es volver a dejar a una mujer en la estacada.

Sabía que ella no aludía solamente a la forma mezquina en que había renegado de Mina Gottlieb. Antes de su relación con Mina, durante sus estudios en la Escuela de Artes y Oficios, había estado enredado con una chica de Núremberg, una estudiante de la clase de cerámica que también se había quedado embarazada. Él se negó a casarse con ella y afirmaba que no estaba demostrado que él fuera el padre. La joven regresó entonces a Alemania, a la casa de sus padres, de quienes esperaba recibir apoyo. Nadie del círculo que se reunía en la Pappenheimgasse volvió a oír hablar nunca más de ella.

Reinhold permaneció en silencio. Puede que tengas razón, dijo al rato. Me lo pensaré.

No se sabe si Regina asistió a la boda. Probablemente no, de lo contrario habría ido también Lucia. No le concedió mucha importancia al hecho de que Reinhold, a quien sólo podía imaginarse de soltero, se convirtiera de repente en un marido y, al cabo de seis meses, también en un padre de familia. Su esposa era guapa, pulcra y vestía con mucho gusto: se notaba que procedía de un hogar burgués. Durante un tiempo dio clases de piano a Lucia, luego ya no, porque se aburría de practicar siempre las mismas piezas una y otra vez, y porque pronto dejó de tocar el piano por completo.

Es extraño, dice Lucia. A pesar de habernos encontrado tan a menudo durante todos esos años y de que Nelly, con toda seguridad, también estaba presente, guardo nada más la imagen de Reinhold solo, sin su mujer ni su hija. Me concentraba tanto en él que en realidad a ella no la percibía.

Y eso que Regina, con su insaciable curiosidad por las personas que

no eran del montón, había abierto el piso de la Albertgasse a los pocos amigos que habían quedado y a muchos otros nuevos, y entre ellos contaba también la familia de Reinhold. En lugar de gachas de sémola, ofrecía a los invitados rebanadas de pan con mantequilla, y los debates apenas giraban en torno a la política, como si los crímenes nazis hubieran acabado con cualquier proyecto de revolución. Tampoco solían hablar de las amenazas y de las pérdidas de los años pasados. Sin embargo, Reinhold contó una vez lo que le había revelado recientemente uno de sus compañeros montañistas, que había sido inspector de policía o funcionario de la Gestapo entre 1938 y 1945:

Duschka, ¿sabes que durante la guerra recibí una denuncia anónima en la que se decía que tenías a dos trabajadoras extranjeras escondidas en tu taller?

¿Y qué pasó?, preguntó Reinhold.

La rompí en pedazos y la tiré a la papelera.

Reinhold no siguió preguntando. Tampoco Regina mostró interés en conocer los detalles. Tendrían que pasar décadas hasta que alguien se preguntara quién estaba al corriente de su secreto, cuándo, dónde.

Lucia tenía diecisiete años cuando se enamoró perdidamente por primera y única vez, y lo hizo de su futuro marido, Alfred Heilman, de veintiséis. En cambio, ella no era su primer amor. El tercero o cuarto Alfred lo había vivido con la mujer del director soviético de una fundición, por cuya mediación le concedieron una plaza en la Escuela Técnica Superior de Sverdlovsk. Esta ciudad ubicada en los montes Urales fue tan sólo una escala en la confusa serie de persecución, huida, guerra, trabajo forzado, búsqueda de sus hermanos y una nueva huida que comenzó en Leópolis y que terminó casualmente en Viena. Llegó con la intención de emigrar a Sudamérica, fue a ver a la prima de su último patrón y se replanteó sus planes de futuro cuando conoció a la hija de éste. Entretanto, Lucia había decidido aceptar la oferta de su padre. El nuevo plan de vida preveía que Alfred prosiguiera sus estudios técnicos en Viena y la siguiera después a Australia. El visado de Lucia no llegó hasta su segundo semestre en la carrera de Medicina. La travesía de cuatro semanas en un barco con cuatro mil emigrantes a bordo fue tan inolvidable como el reencuentro con su padre en el puerto de Melbourne. A pesar de no haberlo visto en diez años, lo reconoció inmediatamente. Se pasó horas describiéndole con todo lujo de detalles los años vividos en el escondrijo. Es posible que hasta entonces él no se diera cuenta de la inmensa muestra de amistad de Reinhold en su entera dimensión.

Lucia había querido irse de Viena porque le resultaba cada vez más agobiante tener que vivir entre antiguos nazis. Creía que todos los

habitantes unos años mayores que ella habían asesinado a judíos o lo habían consentido. En Castlemaine dejó de perseguirla esta idea. Tenía su cuarto propio en la casita con jardín en la que vivían Rudi y Piroska. En otra habitación, su padre había instalado un laboratorio donde pasaba su tiempo libre investigando la estructura cristalina de los metales. Por más que se esforzaba para hacerla sentirse como en casa en Australia, Lucia no podía evitar tener la impresión de haber ido a parar al lugar equivocado. Esto no se debía únicamente a los requisitos, de un rigor inesperado, para estudiar Medicina. Habría tenido que solicitar una plaza en un internado, cuyos costes, añadidos a las elevadas tasas de la matrícula, sobrepasaban con creces las posibilidades económicas de su padre. Sin embargo, Lucia no quería por nada del mundo renunciar a sus estudios. Aparte de esto, percibía que la candidez y la autocomplacencia de la gente eran incompatibles con sus experiencias.

Castlemaine me parecía un pueblo de un aburrimiento supino. El principal tema de conversación de sus habitantes era el tiempo. Podían pasarse horas enteras hablando de si iba a llover o si iba a apretar el calor. No había conciertos, ni tampoco un teatro con una compañía estable ni una cartelera de cine. No existían las preocupaciones existenciales, no había un ápice de temperamento. ¡No había nada de nada! Por la mañana temprano ponías el dinero delante de la puerta, el lechero traía la leche y te dejaba el cambio. A nadie se le ocurría robarlo. En todo el país ni se había cometido un solo asesinato en un año ni se había producido cambio de régimen alguno en un siglo. Todo era muy formal. También por esta razón deseaba regresar a Viena. Cuando ya tenía tomada esa decisión, mi padre me llevó a conocer Australia. Fue interesante, sí. Los buscadores de oro, bien, vale, pero todo aquello no significaba nada para mí. Allí no había ningún palacio antiguo como los de la Ringstrasse ni los imponentes edificios municipales de la Viena Roja: sólo casitas con jardín ubicadas entre otras casitas con jardín.

Los costes del viaje de ida los había sufragado el Comité Judío Estadounidense de Distribución Conjunta. Para financiar el viaje de regreso, Rudi Kraus tuvo que solicitar un préstamo que lo afligió en menor medida que el presentimiento de que nunca más volvería a ver a su hija. Hasta su muerte, a mediados de los años ochenta, fueron muchas las cartas que realizaron el camino de ida y vuelta entre Castlemaine y Viena, y Lucia le envió libros sobre su especialidad técnica. Él nunca intentó publicar los resultados de sus investigaciones. En algún momento acogió en casa a su hermana, por compasión, ya que ella se había quedado sola en Viena. Se desconoce si intentó recompensar a quien había sido su mejor amigo. No, que yo sepa, dice Lucia. Además, hay buenas razones para suponer que

Reinhold habría rechazado cualquier reconocimiento por algo que hizo de corazón.

Lucia y Alfred se casaron al poco tiempo de su regreso. Ya con anterioridad él había tenido que dejar sus estudios técnicos porque la necesidad de ganar dinero para el alojamiento y la manutención le ocupaba todo su tiempo. Había llegado a Viena con dos dólares y un par de zapatos rotos, y había iniciado su carrera como comerciante de trueque y cambista de divisas en el mercado negro frente al antiguo hospital Rothschild. Luego, con socios diversos y márgenes de beneficios crecientes, abrió por este orden una planta tostadora de café, una tienda de comestibles y el primer supermercado de Viena. Trabajaba duro y rara vez estaba en casa. A pesar de ello, dice Lucia, su matrimonio era feliz. En 1955 nació su primera hija, Viola; en 1968, la segunda, Monika. Entremedias había nacido un niño que murió con cuatro meses por una grave dolencia cardíaca. Su muerte sumió a Lucia en una profunda depresión de la que sólo consiguió salir gracias a un viaje en barco aguas abajo por el Danubio, y luego hasta Crimea. Después de su doctorado tardío y de sus prácticas en varios hospitales, trabajó en calidad de médica jefe en el Departamento de Urología de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios y, posteriormente, de médica escolar en el mismo instituto en el que, tiempo atrás, le había puesto al cuento de los hermanos Grimm un título alternativo con el que demostraba tener conciencia de sí misma y de su futuro: «Hay que saber apañárselas».

Éstos serían, salvando el desfase temporal, dos ejemplos de una jubilación apacible: el primero, la de Regina, que a una edad avanzada se sienta todas las tardes en el café Hummel y, como una araña benévola, espera a que otros clientes de la cafetería se enreden en su fina telaraña de curiosidad y de compasión. Nunca pasa mucho rato hasta que algún desconocido le hace compañía. Apenas ha tomado asiento, Regina ya lo ha hecho hablar y, al cabo de treinta o cuarenta minutos, ya se ha enterado de cómo vive, qué lo aflige, qué anhela.

El segundo escenario es el pequeño apartamento de vacaciones de la familia en el balneario de Semmering, adonde Lucia y Alfred han huido del calor de la gran ciudad. Lucia se dedica a su afición a bordar y, como ya ocurriera en su momento con las manualidades en el taller de Reinhold, sigue ciñéndose estrictamente a las plantillas. A su lado se sienta Alfred, quien, con mano tranquila y segura, tira de un hilo a través del cañamazo. Él se encarga del fondo monocolor, mientras que ella ilumina la figura, un ramo de flores en un jarrón, con muchos matices de colores. Bordar, callar, hablar. Tal vez conversen sobre sus hijas, sobre sus dos traviesos nietos, sobre los viajes que a Lucia aún le gustaría hacer y por los cuales Alfred no siente el menor entusiasmo, pues de joven ya había deambulado demasiado por el mundo en

contra de su voluntad. Al cabo de un rato hablan sobre la difunta madre de Lucia, a quien deben el hecho de estar juntos, y sobre su incomprensible dependencia de Fritz Hildebrandt, que se las arregló para engañar a Regina con otra mujer en la residencia de ancianos.

Es realmente increíble lo que nos hacemos los unos a los otros, dice Alfred dejando la aguja a un lado y encendiéndose un cigarrillo.

¡Hombres!, dice Lucia. Entonces le viene a la mente Reinhold, y le parece que se ha precipitado en su juicio.

No, él no quiere eso. Dice que ya se lo pueden ir quitando de la cabeza, que cuando se haya jubilado entonces podrán hablar sobre ese asunto.

A mediados de los años sesenta, Lucia se enteró de que la institución Yad Vashem, en memoria de las víctimas del Holocausto, galardonaba a personas que habían salvado a judíos arriesgando sus vidas. Entonces tomó la decisión de proponer a Reinhold para ese homenaje. Según ella, él no se oponía únicamente porque no le gustaran las celebraciones, sino porque temía consecuencias negativas para su negocio. Quién sabe si en tal caso no habría perdido clientela y si, en el club alpinista, los compañeros montañistas no se habrían apartado de él. Cerró el taller con setenta y nueve años, y mucho tiempo antes había emprendido su última escalada. Pero no fue sino siendo nonagenario cuando dejó de poner objeciones al propósito de Lucia. Desde ese momento pasó casi un año hasta que Reinhold, en presencia de la familia Heilman y de la suya, de varios embajadores y de un ministro, fue honrado como Justo entre las Naciones. Sin embargo, Lucia no se dio por satisfecha.

Esto no cuenta. Mi hija mayor se encargó de la solicitud para Yad Vashem. Habla perfectamente el, lo cual aceleró las cosas. Ella lo solucionó todo. En realidad yo sólo entré en acción cuando leí en el periódico de la comunidad judía el llamamiento de Steven Spielberg a los supervivientes del Holocausto para grabar sus entrevistas en vídeo. Yo me presenté.

Sin embargo, tampoco le bastó salvaguardar la historia de su vida en el archivo de la Fundación Shoah. Cada vez con más frecuencia iba a las escuelas para contar sus vivencias a los adolescentes. Su meta era que Reinhold Duschka sirviera de modelo para las generaciones venideras, pues, como dice ella, hay un montón de libros sobre las víctimas, también sobre los perpetradores, cierto, pero apenas los hay sobre los salvadores. Todos conocen a Oskar Schindler, a lo sumo también al sargento Anton Schmid, que salvó a cientos de judíos del gueto de Vilna, y a tres o cuatro más. Por este motivo, cuando recibió la invitación, Lucia no dudó ni un solo instante en participar en el proyecto teatral *Die letzten Zeugen* (Los últimos testigos), que se

estrenó en el Burgtheater de Viena en octubre de 2013, medio año después de que se colocara una placa conmemorativa en honor de Reinhold en la fachada del Werkstättenhof. El director, Matthias Hartmann, puso en escena la pieza, y el escritor Doron Rabinovici escogió a seis judíos supervivientes del terror nazi. (La séptima persona elegida, la gitana Ceija Stojka, había fallecido a comienzos de aquel año.) Mientras unos jóvenes actores leían en voz alta los recuerdos de los seis supervivientes, éstos se hallaban sentados detrás de una lona de plástico que, haciendo las veces de pantalla en la que se proyectaba todo tipo de fotos y de documentos, debía hacer visibles sus figuras y al mismo tiempo ocultarlas, una ocurrencia estética cuyo deliberado significado simbólico tuvo el indeseado efecto secundario de que aquellos ancianos tuvieran que luchar contra el sueño provocado por el intenso calor de los focos que se acumulaba detrás de la lona. Hacia el final de la actuación, los actores fueron a buscarlos uno tras otro para conducirlos al proscenio, desde donde pudieron dirigir al público un mensaje personal.

Las entradas para las funciones se agotaron incluso fuera de Viena, en teatros de Salzburgo, Berlín, Hamburgo y otras ciudades. Los espectadores quedaban conmovidos. Muchos de ellos permanecían en el teatro mucho tiempo después del aplauso final para participar en los coloquios con los testigos. Fue así como, después del estreno en Viena, Lucia conoció a Leo Graf, quien había trabajado durante casi ocho años, desde octubre de 1952 hasta agosto de 1960, con Reinhold Duschka. Para ambos se convirtió en una necesidad intercambiar los recuerdos que guardaban de él. En alguno de esos encuentros también estuvo presente la hija de Reinhold, Hellgard Janous. Ya en la primera reunión fueron conscientes de lo poco que sabían acerca de él.

Por ejemplo, Leo Graf, de la quinta de 1927, nacido y criado en Viena. Sus padres se separaron cuando todavía era un niño. El padre era nazi, mientras que la madre escuchaba Radio Londres a escondidas y difundía las noticias como si fueran rumores entre los inquilinos de la casa. Cuando cumplió los quince, sacaron a Leo de la escuela y lo alistaron como auxiliar de las fuerzas aéreas, y después, sin transición ni pausa, como dice él, lo metieron en el Ejército alemán. Las veces que le daban permiso para regresar a casa, se iba a las montañas, donde se sentía liberado de la obediencia y de la sumisión. Los estadounidenses lo hicieron prisionero de guerra, y regresó a comienzos de 1946 a su ciudad natal. Allí empezó a estudiar la carrera de Química, pero tuvo que dejarla después de que sus padres murieran en el intervalo de un mes. Por consejo de un amigo, adquirió formación de hojalatero durante un tiempo de aprendizaje reducido por ser veterano de guerra. Tras la obtención del título de oficial, Leo

se pasó a una empresa de la construcción, en la que no lo trataban mal. Su vida podría haber continuado así durante cuarenta años hasta la jubilación.

Pero entonces conoció a Reinhold Duschka en la sección Edelweiss de la Asociación Alpinista de Austria. Salían juntos de excursión. Primero fueron a esquiar a los Alpes de Stubai, en el Tirol, donde Reinhold le enseñó cómo guiar a los principiantes. Evitar que los fuertes no sobreestimen su fortaleza, tomar como punto de referencia la fuerza del más débil, un consejo que lo convenció. Ya en el verano siguiente guiaron a un grupo de quince montañistas desde Col du Midi por el macizo del Mont Blanc, y Leo quedó hondamente impresionado por la serenidad de su compañero mayor, que, o bien pasaba por alto los comentarios impertinentes sin rechistar, o bien les ponía freno con buenas palabras. En una situación semejante, yo habría hecho valer mi autoridad, dice. Menciona un incidente durante un curso de formación, difundido entre risas en el local de la sección, en el que un participante, de forma involuntaria y sin darse cuenta, le pisó la cabeza a Reinhold con los crampones puestos, a lo que éste sólo reaccionó al cabo de unos instantes solicitando lapidariamente que le quitara el pie de encima cuando le pareciera oportuno.

Puede ser que Leo se reconociera a sí mismo en Reinhold. Eran afines en su aspecto físico -el pelo ralo y la figura flaca- y coincidían tanto en su indiferencia por la moda, el consumo y el lujo, como en que habían conocido a sus esposas en el club alpinista. Los dos eran parcos en palabras y pasaban por ser personas fiables. Por este motivo escalar en una cordada significaba tanto para ellos, porque requería confianza y responsabilidad. Y eso que, como ocurre con todos los escaladores empedernidos, dice Leo, en la vida privada éramos medio egoístas, medio autistas. Resultaba difícil para los allegados vivir con eso.

Un día le dijo Reinhold:

He oído decir que eres hojalatero cualificado. ¿Te manejas bien con los metales?

Sí, con las chapas de zinc y de hierro.

Entonces también sabrás trabajar las de latón y las de cobre.

Seguro. Y, si no, tú me lo enseñarás.

El primer día del mes siguiente comenzó a trabajar con él en el taller. Dice que no se arrepintió en ningún momento, pues Reinhold era un maestro cauteloso que nunca hacía alarde de su superioridad. Además, Leo consideraba una suerte poder participar en todo el proceso de producción, desde la chapa de metal en bruto hasta el objeto artesanal acabado. Como hojalatero habría tenido que renunciar a esta experiencia. Y, en tercer lugar, le quedaba tiempo suficiente para esquiar y escalar. En otoño trabajaban sin descanso. A

menudo hacían horas extras y tenían a un ayudante que se ocupaba de la tienda de Reinhold en la Florianigasse, pues de lo contrario no habrían podido despachar los pedidos. En ocasiones incluso sus familias les tenían que echar una mano: Nelly, en el local de la calle; la esposa de Leo y su hija Elfie, en casa, en la mesa de la cocina, donde envolvían con carrizo las asas de las teteras.

No cerraban el taller hasta que no terminaban las ventas de Navidad. Entonces se iban dos semanas a esquiar. En verano tampoco trabajaban porque Reinhold no quería almacenar existencias cuando ni siquiera podía entreverse qué artículos estarían en boga durante la temporada alta. Emprendían ambiciosas excursiones no sólo en Austria, sino también en los Alpes franceses y suizos. Sin embargo, raras veces salían juntos en esos viajes. Cada uno tenía sus compañeros, dice Leo, lo cual se debía a la diferencia de edad. Por lo general yo iba con gente de mi quinta.

La cosa continuó así durante años, con un volumen de pedidos estable y un entendimiento a ciegas entre ambos. Al final fue un azar el que movió a Leo a dejar su puesto en el taller de Reinhold. El sueldo era modesto, y, como sabía que su jefe apenas ganaba algo más que él, no se le pasó por la cabeza exigirle un aumento. Un día leyó en un folleto que en Correos buscaban empleados, envió la solicitud y lo contrataron. Un buen puesto de trabajo por aquel entonces, con ascensos regulares y una pensión segura. Eso sí, se habían acabado para siempre los tres meses de vacaciones al año, repartidas entre el verano, el invierno y la Semana Santa. La mayoría de las veces ya sólo se encontraba con Reinhold en el local de la sección Edelweiss, en la Walfischgasse. Guarda el recuerdo de la última gran excursión que hicieron juntos, probablemente en 1959, pues Reinhold ya estaba rozando los sesenta y Leo tenía treinta y pocos, una escalada por la cresta sudoeste del pico Schreckhorn, en los Alpes berneses, una cima de cuatro mil metros que para los alpinistas presentaba un alto grado de dificultad.

Casi me derrito de admiración y de respeto. Pensé: cuando tenga su edad, también me gustaría conseguirlo. Y lo conseguí, treinta años después.

Hasta que Leo no leyó en el periódico sobre el homenaje a los Justos entre las Naciones, no se enteró de que Reinhold tuvo escondidas en su taller a una judía y a su hija durante cuatro años. Entonces, dice, me quedé de piedra. Reinhold no habló jamás de eso ni tampoco hizo ninguna alusión. En general hablaban poco, y menos aún sobre asuntos que no tuvieran que ver con el trabajo o con la montaña. Ni una palabra sobre política. Nada de chismorreos. Nada sobre la infancia, el hogar, la guerra mundial, la resistencia. Tampoco mencionaban las ansias de compañía ni la necesidad de cambiar el

mundo.

Eso seguramente se deba a mi manera de ser. Cuando oigo algo interesante, se me aguzan los oídos, pero hasta ahora nunca se me ha ocurrido moler a preguntas a nadie. Y Reinhold tampoco contaba nada por iniciativa propia. Cuando leí la noticia en el periódico, mi veneración por él creció hasta el infinito. Aun así, ahora que lo pienso, no me sorprende. Lo habría creído capaz de tal cosa.

Reinhold Duschka murió en mayo de 1993, un mes antes de su nonagésimo tercer cumpleaños, pues era medio año más joven que su siglo. El único obituario realmente personal lo redactó Leo Graf para la revista de la sección Edelweiss, cuyos socios presumiblemente conocieron en ese momento la verdad sobre aquel hombre a quien, con nostalgia o con algo de sorna, tenían por una reliquia de una época extinguida del alpinismo. «Para ti era algo natural y no creías que valiera la pena mencionar que elegiste ser humano en una época de inhumanidad y de barbarie. Y por eso quiero darte las gracias, especialmente ahora que la historia amenaza con repetirse.»

Hellgard Janous tampoco supo durante mucho tiempo que su padre había salvado a dos seres humanos. Se enteró por casualidad, poco después de que él le informara de que la señora Steinig no se encontraba bien. Tenemos que ir a verla sin falta, ¿tenéis tiempo el próximo fin de semana? Durante la visita en el hospital, Hellgard fue testigo de una conversación entre Regina y Reinhold que desvelaba su historia común. Eso fue a mediados de los años setenta y cambió la imagen que se había formado de su padre hasta entonces, cuando ella tenía más de veinticinco años: la de una persona extraña y callada que sólo se abría cuando estaba en compañía de otros montañistas o de mujeres jóvenes, y que, por lo que ella recordaba, nunca había estado presente.

O bien estaba en el trabajo, dice ella, o estaba escalando, momento en el que su esposa y su hija se quedaban sentadas en casa esperando que no le sucediera ninguna desgracia. Sin embargo, sí sucedió, y en tres ocasiones: en el Peilstein, en el Schneeberg y en el macizo montañoso del Rax, todos al sur de Viena. La primera caída fue relativamente leve: cayó encordado y se contusionó algunas costillas. La segunda vez su acompañante resbaló y se precipitó al vacío por el borde de un peñasco. Reinhold trató de sujetar la cuerda, que estaba desenrollándose a toda velocidad. Cuando consiguió detener la caída, ya se le habían quemado las palmas de las manos. Las heridas comenzaron a supurar, padeció una septicemia. La peor fue la caída en el Rax, en la que se fracturó ambos huesos maxilares y perdió algunos dientes. Tuvieron que coserle el labio superior varias veces. Le quedó una cicatriz fea, motivo por el que se dejó bigote.

Su mujer no sólo era profesora de piano, sino que actuó también durante muchos años cantando en el coro en la Sociedad de Amigos de la Música. A pesar de las obligaciones que había contraído con los conciertos, las giras y las grabaciones de discos, era también ella quien cuidaba de Hellgard. En caso necesario, ella se llevaba a la niña a los ensayos generales en el Musikverein. Una vez incluso le permitieron que la cría la acompañara al Festival de Salzburgo. Sólo cuando Nelly estaba de viaje, llevaba él a Hellgard a la escuela. Después de las clases y de las tutorías, ella no volvía a verlo hasta el anochecer, cuando regresaba del taller. Él no participaba en su vida escolar. No iba a las reuniones de padres de alumnos ni a las horas de consulta de los profesores. No obstante, tampoco me regañaba, dice Hellgard, cuando sacaba una mala nota o regresaba tarde a casa.

En cambio, la paciencia que había mostrado con Lucia permaneció oculta para su hija. Era impetuoso e iracundo cuando -más tarde, ya en el instituto- debía ayudarla en Matemáticas y ella no comprendía sus explicaciones. O cuando no encontraba una camisa en el armario. O cuando había extraviado las llaves y le echaba la culpa a Nelly. En cambio, fuera de casa o en situaciones realmente peligrosas, era la tranquilidad en persona. Al parecer, en ocasiones le costaba tolerar a sus allegados aquello que había concedido a Regina y a Lucia, esto es, que ocuparan un lugar en su vida. Ahora bien, jamás se produjeron verdaderos conflictos. Nelly y Hellgard aprendieron a danzar sobre hielo, iban a esquiar y se hicieron a la idea de que él prefiriera rodearse de otras personas en sus excursiones. No habrían aguantado el ritmo de las caminatas ni de las escaladas, con las que tampoco llegaron a entusiasmarse. Las vacaciones anuales de invierno por el Tirol las pasaban prácticamente solas, ya que Reinhold hacía excursiones agotadoras durante el día y por las noches se acostaba temprano. Si mi madre no le hubiera consentido la libertad de ir a su aire, dice Hellgard, seguro que su matrimonio se habría roto. Como contrapartida, Reinhold aceptaba ir a visitar a los parientes de Nelly en Krefeld y en Colonia en las fiestas de Navidad, a pesar de que algunos de ellos se tenían por gente de más clase, algo que incluso su cuñado o su suegro le hacían sentir.

Cuando ya fue demasiado mayor para escalar, salían de viaje todos los años a comienzos de julio. Durante seis semanas, con el Volkswagen que Reinhold conducía con prudencia y con seguridad, viajaban por Marruecos, por Córcega, por media Europa. Aun así, no había muchas atracciones que Hellgard pudiera ver. Lo mismo que su madre, estaba obligada a adaptarse a los hábitos de él. Montar la tienda, inflar las colchonetas, ir a nadar, mirar edificios pero sólo por fuera. Los museos no le interesaban y en ningún momento se tomaba tiempo para un descanso. Luego otra vez las largas horas, medio día

que Nelly y ella llenaban con paseos o jugando al bádminton mientras el padre exploraba las dunas, los acantilados o los desfiladeros con sus compañeras de viaje, dos señoras solteras de su círculo de conocidos. El cumpleaños de Hellgard, que caía en esos viajes, nunca lo celebraban a lo grande. De regalo solía recibir una barra de chocolate, y salir a comer una vez fue lo máximo.

La procedencia de Reinhold, su niñez. Como jamás hablaba de esas cosas, dice Hellgard, nunca le pregunté. No sabe quiénes fueron sus padres ni cuándo, de qué y cómo vivieron, si en el patio trasero de un bloque de pisos, en un apartamento, en un barrio obrero, en una parcela con cabaña y huerto. Ni si había libros en los estantes de su casa ni si colgaban cuadros de las paredes, en ese caso, ¿cuáles? Ni si había un perro, gatos o una pareja de periquitos, una conejera detrás de la casa, un palomar bajo el tejado. Ni a qué escuela fue, cómo se llamaba su profesor favorito, con quién se pegaba en el camino de vuelta a casa, quién estaba de su lado en las peleas. Ni cómo le fue de aprendiz ni con qué maestro estuvo. ¿Fue hijo único o tenía hermanos? Y, si los tuvo, ¿cuántos?, ¿qué hicieron, qué fue de ellos?, ¿dónde los enterraron, incineraron, sepultaron o inhumaron, en qué campo de batalla?

Hellgard cree recordar un sobre con el borde negro que un día yacía abierto sobre el escritorio, la notificación de la defunción de una señora mayor. Tal vez se trataba de su hermana, pero tampoco pondría la mano en el fuego. En cualquier caso, él no fue al entierro. Tampoco dejó entrever nunca el deseo ni la intención de volver a ver su ciudad natal. En otra ocasión, cuando Hellgard tenía diecinueve años, cayó excepcionalmente en un estado de clara agitación a la espera de una mujer que había anunciado su visita por teléfono. ¿Era o no era su hija, fruto de su relación con la joven de Núremberg? Reinhold siguió teniendo las mismas dudas que antes.

Lo que sí es seguro es que no estaba bautizado ni era creyente. Que no fumaba y que seguía una dieta sana, aunque no le hacía ascos a un vaso de vino en la vejez, edad en que se permite algunas cosas más que antes. Que jugaba a la baraja con su yerno y que enseñó a sus nietos a jugar al ajedrez, a las damas y al veintiuno. Que de vez en cuando contaba chistes vieneses del Graf Bobby. Que nunca perdió su acento alemán. Que a veces le dio por hablar en berlinés. Que veneraba a Josef Hoffmann, que se apasionaba por Karl Kraus, que citaba a Goethe, a Gerhart Hauptmann, a Wilhelm Busch. Que tenía una biblioteca con varios millares de libros. Que a diario leía el periódico y, más adelante, cuando ya tuvieron un televisor, veía los informativos.

No obstante, nunca tuve la sensación de que se tomara en serio la política. Ni siquiera llegué a tener claro que estuviera en contra de los

nazis. Nunca se pronunció al respecto. Creo que no votó ni una sola vez. De alguna manera su época política había finalizado.

En cambio, Gerald, el hijo mayor de Hellgard, tenía a su abuelo por una persona interesada en la política; por alguien que simpatizó con los ocupantes de los humedales de Hainburg, que en diciembre de 1984 impidieron la destrucción de las vegas del Danubio al oponerse a la construcción de una central hidroeléctrica; por alguien que apreciaba a la política Freda Meissner-Blau, de los Verdes, y que leía con placer las columnas en las que el psiquiatra Erwin Ringel escribía contra las neurosis colectivas de sus compatriotas.

Gerald tenía tres años cuando lo llevaron unos días a casa de los abuelos debido al nacimiento de su hermano. Ése fue el origen del vínculo profundo entre el nieto y el abuelo, que duraría hasta la muerte de éste, dieciocho años después. No es que el chico se llevara peor con su abuela. Ella le gustaba aunque sólo fuera por el ambiente artístico y por la gente interesante que la rodeaba. Sin embargo, Nelly tendía a los lugares comunes y se atenía a las convenciones, incluso en el trato con los niños, mientras que Reinhold, conforme a su concepto vital de no coartar a nadie ni dejarse coartar por nadie, nunca le imponía deberes ni reglas sin sentido.

Mi abuelo amaba mucho la libertad y se la tomaba, aunque la familia sufriera por ello. Además, tenía una manera simpatiquísima y muy cariñosa de tratar a las personas que lo hacía llevarse especialmente bien con los niños y las mujeres. A los hombres los impresionaba con sus logros deportivos.

Gerald pudo aprender algunas cosas de él: no sólo a partir la leña, sino también a agarrarse bien al escalar y a hacer un brazalete a partir de una chapa de cobre. También las anécdotas que Reinhold le contaba de su vida, en las cuales describía sus errores y descuidos, dejaron una honda huella en el muchacho. Sólo que él a veces se preguntaba si su abuelo había cometido realmente esos errores o si únicamente se los inventaba para hacerle comprender algo a través de ellos, como la historia de su supuesto entusiasmo por la guerra. Le contó que con diecisiete años quiso ir al frente por puro patrioterismo. Afortunadamente se libró a causa de su miopía y de su mala circulación sanguínea. De lo contrario, decía él, habría tenido que contribuir a todo aquel absurdo y, encima, al final la habría palmado.

Nunca más volví a ser tan estúpido.

Sin embargo, más adelante volvió a ser igual de estúpido en otro sentido, lo cual se le hizo evidente en una situación en la que estuvo ligando con una guapa y joven compañera de montañismo. En una cabaña o durante un descanso en la cumbre estuvieron tonteando y acercándose cada vez más el uno al otro hasta que la mujer finalmente dijo: puedes pedirme un deseo, te lo concedo. ¿Qué quieres? Sin

pensárselo dos veces, le pidió un beso y ella se lo dio. Bien podría enamorarme de ti, le dijo ella. Pero, a la larga, lo nuestro no funcionaría: la diferencia de edad es sencillamente enorme.

Más por cortesía que por interés, Gerald le preguntó: ¿hubo algo más entre vosotros?

Nada en absoluto. Es como una venganza: de joven eres demasiado tonto o demasiado tímido para demostrarle a una mujer que te gusta. En la vejez te atreves, pero entonces ya no te hacen ni caso.

Gerald no dudó ni un segundo de la veracidad de la historia más emocionante que había vivido Reinhold. A diferencia de su madre, desde niño él sí que tuvo conocimiento de la salvación de Lucia. No existió ese instante en el que de buenas a primeras uno se entera de algo, y aunque ése hubiera sido el caso, tampoco le habría sorprendido. En su opinión, Reinhold tenía madera para oponer resistencia de manera inteligente. Esto en parte se debía a que, como escalador, estaba acostumbrado a depender de otros y a ser responsable de ellos, y, en parte, a que sus cualidades personales contribuyeron a reducir al mínimo los riesgos: la autodisciplina, la discreción, el individualismo, el conocimiento de la naturaleza humana.

Mi abuelo sabía lo que podía exigírsele a otra persona. No era vanidoso, lo cual suponía también una ventaja. Actuaba según con sus convicciones, pero evitaba la confrontación abierta, de modo que los golpes del adversario daban en el vacío. No se sacrificó. Tenía en alta estima tanto su propia vida como la de los demás. En esto es para mí un ejemplo.

Y éstas son instantáneas de la vida de un abuelo ejemplar:

Reinhold en su asiento favorito, un sillón orejero cómodo y de color gris;

Reinhold en el desayuno, que consiste en un panecillo integral con queso fresco, cebolla y el jugo de un diente de ajo;

Reinhold en el marco de la puerta. Enseguida extenderá los brazos hacia arriba y hará flexiones con las puntas de los dedos;

Reinhold con delantal y pantalón corto arrancando las malas hierbas de su huerto, en cuyos doscientos metros cuadrados crecen guindas, cerezas, manzanas, peras, grosellas espinosas, negras y rojas;

Reinhold mar adentro, lejos, durante unas vacaciones familiares en Italia, y, en la playa, su nieto, que cada poco busca con la vista y con gesto de preocupación al persistente nadador;

Reinhold y Nelly todos los sábados por la tarde sentados en sus sillones frente al televisor mientras en la pantalla parpadea su programa favorito, el del popular actor y cantante vienés Heinz Conrads;

Reinhold en el balcón, pedaleando en la bicicleta estática a sus noventa años;

Reinhold en la sala de estar, a la que se ha trasladado con la bicicleta estática porque hay transeúntes que siguen sus ejercicios en el balcón y lo han aplaudido;

Reinhold saludando en la calle a sus vecinas y conocidos con su gesto típico: con el brazo medio alzado, girando el dorso de la mano hacia delante y hacia atrás, y con una risa gruñona pero al mismo tiempo especialmente simpática.

Este jovial saludo lo hizo Reinhold también en el salón de actos del Banco de Trabajo y Economía, donde el embajador de Israel le otorgó la medalla y el diploma de Yad Vashem. Tras las alocuciones de los diplomáticos y de los políticos, le pidieron que pronunciara unas palabras en el estrado, junto al cual retozaba la nieta menor de Lucia. Gerald, expectante, contuvo la respiración en ese momento. ¿Qué va a decir ahora?, pensó.

Reinhold levantó el brazo para saludar, miró sonriente a la niña y dijo: esto es lo que más me alegra, ver hoy en día a los niños corretear así.

No dijo ni una palabra sobre el hecho de que esa niña no existiría sin su valentía. Esto también era característico de él, dice Gerald.

ENVÍO

Para el doctor Rudolf Mader, porque año tras año entregó a Regina un certificado médico para Reinhold Duschka. En realidad debieron de cruzarse alguna que otra vez en el barrio después de la liberación, ya que vivían en la Albertgasse, pero Lucia no sabe nada al respecto ni tampoco puede decir si su madre tuvo algún contacto con él. Su sobrino, el pintor Heribert Mader, lo fue a ver en algunas ocasiones durante su carrera universitaria entre 1955 y 1960. La vivienda resultó dañada en los últimos días de la guerra. Después de su reconstrucción, el doctor Mader abrió en la casa una consulta médica en la que trabajó hasta su muerte, a comienzos de marzo de 1966. A su hermano Karl, el padre de Heribert, lo habían destinado en calidad de comandante del Ejército alemán en el círculo polar antes de ser asesinado por conspirar en el fallido atentado de Stauffenberg, en julio de 1944. Las biografías de dos hermanos, grises como sus uniformes, arrojan luces y sombras por igual.

Para el combatiente de la resistencia del círculo de amigos de Regina, cuya ejecución fue anunciada en público. No está clara la identidad del hombre ajusticiado. Creo que se llamaba Reimas, dice Lucia. Sin embargo, entre los austríacos ejecutados no hay ninguno con ese apellido ni otro que suene similar, aparte de las dos mujeres y los cinco hombres de la familia Remes, que ciertamente fueron decapitados en la Audiencia Regional de Viena, pero que procedían de la aldea morava de Jankovice. Ninguno de ellos estuvo nunca presente en las reuniones en la casa de Regina. El apellido más parecido es el del comunista Leopold Ram, de la quinta de 1895, de profesión montador de andamios, residente en el distrito de Leopoldstadt en Viena, detenido el 18 de noviembre de 1942, condenado el 14 de diciembre de 1943, decapitado el 25 de febrero de 1944. En las fotos de la Gestapo, que dejan entrever que lo torturaron tras su detención, Lucia no lo reconoce. Ésta no es razón para descartar que se trate del conocido de su madre. Su esposa fue violada por los soldados soviéticos tras la liberación, dice Lucia, y se quitó la vida acto seguido.

Para la amiga de Lucia, Erna Dankner, de la Pappenheimgasse, que siguió con vida cuando Lucia la daba ya por muerta. El camión frente

a la casa de los pisos colectivos de judíos, la chica que cayó a la calzada desde la caja, la rueda trasera que la arrolló y luego su cuerpo, que ofreció una leve pero inexorable resistencia a todo movimiento. No fue sino al cabo de setenta años cuando Lucia se enteraría de que no era cierto lo que vio o lo que le contó su madre por aquel entonces, pues está demostrado que al año siguiente Erna fue deportada a Auschwitz con sus padres, Moshe y Cipre, en el trigésimo segundo convoy de judíos austríacos, que partió el 17 de julio de 1942 desde la estación de Aspang, en Viena, y que llegó a su destino dos días después. La muerte en la cámara de gas: ése habría sido también el destino de Lucia y de Regina. De no haber existido él, Reinhold Duschka.